
CAPITULO XVII.

(Continuacion del anterior.)

La inocente niña, en tanto, puso los mejores ramilletes en el cuarto del conde, arregló las colgaduras, cerró las persianas para que el sol no calentase demasiado la habitacion, y cojiendo el canastillo con el resto de los ramilletes, salió, encaminándose al aposento de Matilde.

Sin saber por qué, su tristeza se habia desvanecido; iba alegre; sus ojos brillaban con estraña animacion, y en sus mejillas apareció un sonrosado carmin: el afecto bondadoso del conde habia sido para su alma lo que el rocío para la flor que muere por falta de agua. Acostumbrada al áspero y desagradable trato de Pedro Gil y de su mujer, no pudo menos de recibir gozosa el afecto purísimo y desinteresado de aquel venerable anciano, que la trataba con una dulzura verdaderamente paternal.

Además que se sentia inclinada hácia él por un impulso secreto, por una misteriosa é irresistible atraccion, de la que, á semejanza del conde, ni podia darse cuenta, ni la era fácil adivinar su origen ni su término.

Andrea estaba sola en el gabinete de Matilde cuando Mauricia entró con los ramilletes. La buena nodriza tenía los ojos hinchados de llorar, y en su semblante místico y abatido se notaba una tristeza profunda.

La jóven la miró; y conociendo que pasaba algo, se dirigió inmediatamente hácia ella, exclamando:

—¿Qué hay, señora Andrea? ¿Ocurre alguna novedad?

—¡Qué ha de haber, hija; que el viejo buitre nos quita todos los medios de defensa, prohibiéndonos que hablemos al conde para que deshaga este malhadado casamiento!

—Pero quedo yo para hablarle. ¿Qué os importa?

—¡Sí, sí; bueno es el viejo para dejar ninguna callejuela! Escucha lo que ha pasado. Apenas el señor cura le habló, sospechó que tramábamos alguna cosa, y me llamó á su cuarto: fui temblando, porque, francamente, le temo como á una nube.

—Acércate,— me dijo en tono brusco;—y luego, sin permitirme siquiera tomar la palabra, exclamó:

—Tengo entendido que Matilde no se siente muy inclinada á casarse con Amalarico; y sin embargo de que la vé tan próxima, tiene aún esperanzas de romper esta boda: para esto se ha permitido dar algun paso bastante inconveniente hablando al señor cura, y quizá piense hablar al señor conde de Guayaquil; sé que tú la apoyas, y que ella por sí sola no es capáz ni tiene valor para aventurar una palabra que tienda á contrarestar mis proyectos: por lo tanto, de cualquier cosa que aquí resulte, tú serás la responsable y pagarás por tí y por ella; te advierto que mi furor no tendrá límites si el conde ó su hijo llegan á sospechar que se hace á su alianza la menor sombra de oposicion. Ya lo sabes: ahora retírate y que venga Matilde.

Salí muerta de miedo; porque el tono severo y la mirada de tigre del conde, al regalarme el anterior

sermon, hubieran hecho erizar el cabello de cualquiera menos medrosa que yo.

Matilde está de conferencia con él en este momento, y yo espero aquí el resultado, llorando de rabia al sentirme impotente contra esa horrible tiranía.

—No es el caso para menos, señora Andrea; dá rabia tener por fuerza que aceptar una boda que rechaza el corazón; y tengo lástima de la pobre Matilde; no sé cómo podrá resistir. Y luego es plazo fijo. ¿No podría conseguirse siquiera que lo dilatasen?

—¡Quiá! ¡imposible! Han dicho: mañana, á las cinco, todo el mundo estará en la capilla, y no hay remedio.

—Pues preveo una cosa muy funesta.

—¿Cuál, hija mia?

—Que Matilde se nos ponga mala, y por más que aparezca como una víctima resignada, la venda su corazón y no tenga fuerzas para pronunciar el sí fatal.

—Esa escena también la espero yo, y en ello quizá estribe su salvación; dejemos que el sentimiento llegue á su colmo, y una vez llena la medida, tiene que saltar.

—Harto me lo ha manifestado; nunca pude imaginarme que este casamiento la fuera tan odioso; y bien sabe Dios que haría cualquier sacrificio por verla feliz.

—¡Quién sabe si necesitaremos de tí! ¿Tú la quieres mucho, no es verdad?

—¡Ay, señora Andrea, con todo mi corazón! Es tan buena para mí; me ha recibido con tanta bondad, llamándome su hermana, su confidente, y revelándome todas las penas que la afligen, que no sé cómo corresponder, ni cómo agradecerle bastante su cariñosa amabilidad.

—¡Si es un ángel! Y por fin, ¡si ese hombre la quisiera! ¡Si él fuera capaz de hacer feliz á alguien, vamos, podría esperarse que con el tiempo se amasen; pero ¡quíá! Si es un perro judío; tiene cara de renegado; y el

que tiene cara de malo, no puede ser bueno: la naturaleza no miente al estampar su sello en el rostro de la humanidad.

—Tiene Vd. razon; á mí tampoco me gusta: siempre mira de perfil; y sabido es que las miradas atravesadas son denunciadoras de un corazon egoista y de un carácter ruin y receloso. En fin, Dios venga en nuestro auxilio.

Mauricia volvió á cojer el canastillo que habia dejado sobre una mesa, y se puso á colocar los ramilletes en los floreros, adornando en un momento la habitacion y el gabinetito que servia de dormitorio á Matilde.

— ¡Calla; aquí está el vestido de boda! — exclamó la jóven.

Andrea acudió inmediatamente, y mostrando cuanto contenian varias cajas que habia sobre un velador, dijo:

—Son los regalos que ha traído el señor conde; mira qué ricos aderezos, qué preciosos pañuelos y qué mantillas de encaje.

—¿Pues y el vestido, todo cubierto de blonda?

—Las vistas son magníficas; pero el novio detestable. Yo, por mi gusto, mejor me casaba con el viejo.

—Y yo tambien, señora Andrea; el padre es más simpático que el hijo.

—Cien veces mejor: en la fisonomia de ese noble anciano se refleja la bondad, y en la de Amalarico, solo se vé brillar la perversidad y la malicia; no lo puedo remediar, hija mia; pero le ódió con mis cinco sentidos.

—No es Vd. sola; creo la acompañen en ese sentimiento todos los de la casa escepto el conde, que cegado por su orgullo de raza, vé únicamente en él los timbres y los blasones de la opulenta casa de Guayaquil.

— ¡Oh, el interés!... ¡Pícaro interés!...

—Ya está aquí Matilde;—dijo Andrea interrumpiéndose y corriendo hácia la pálida niña, que se dejó caer en un sillón sin fuerzas para sostenerse.

—¡Qué pálida viene!—esclamó Mauricia acercándose con interés, y tomando una de sus manos que besó cariñosamente; Andrea por otro lado la tenia casi abrazada: así rodeándola ambas la preguntaron:

—¿Qué hay?... ¿No queda esperanza?..,

—Ninguna: si doy un solo paso para desbaratar mi boda, la maldicion de mi padre caerá sobre mi cabeza, y en el mismo instante, saldré de la casa paterna para ir á un convento á pasar el resto de mis dias, sin que jamás me sea ya permitido ver á ninguno de mi familia, ni á tí, Andrea querida, que has sido para mí una segunda madre, ni á Mauricia, la nueva y generosa amiga que hoy me deparaba la Providencia.

—En cuanto á eso no podrian impedirme que yo entrase tambien en el convento, aunque fuera de criada: me era igual, siempre que pudiera estar á tu lado.

—Yo hubiera aceptado este santo asilo, si aun allí no me hubieran perseguido los recuerdos del mundo; y abrumado mi cabeza la maldicion paternal. ¡Oh! nunca me decidiria á ser esposa de Dios, sin poder ofrecerle un corazon libre, puro, y limpio de toda mancha. En cuanto á los hombres, es otra cosa, ellos lo quieren: demasiado conoce Amalarico la repugnancia que me inspira, y sin embargo, acepta mi sacrificio: no se queje, pues, de las consecuencias.

—¿Con que estás decidida?—esclamó Andrea.

—¿Y qué hacer?... ¿Puedo por ventura resolverme á otra cosa?

—¿Te casarás mañana?—dijo Mauricia.

—Sí: á las cinco estaremos en la capilla del castillo; todo está ya prevenido.

—¿Y no has solicitado siquiera una próroga?...

—Manifesté á mi padre que aguardase siquiera á pasado mañana, porque me repugnaba casarme en martes, por ser generalmente un dia aciago; y me contestó, que

esto era una preocupacion pueril, una simpleza como todas las mias, á la que no se asociaria jamás; de modo que ni veinticuatro horas se me conceden.

— ¡Qué crueldad!... ¡Dios mio!... ¡Esto es para desesperarse!

—Aun nos queda César, y el apoyo de la Santísima Virgen.

—Tienes razon: aguardemos á César; quizá él nos saque de este apuro.

—Dejemos esta conversacion, que me lastima, y vámonos al jardin;—dijo Matilde levantándose; y luego mirando en torno suyo, exclamó con sorpresa:—¿Pero qué es esto?... ¿Quién ha convertido mis aposentos en verjeles?...

—¿Quién si no Mauricia?—dijo Andrea.

—Es verdad; solo al cariño de mi dulce hermana pudiera ocurrírsele tan delicada atencion. ¡Gracias, querida mia!... No sabes cuánto agradezco esas muestras de interés: al menos en medio de mi desgracia tengo dos corazones que me amen, dos amigas solícitas y cariñosas que me sostendrán en sus brazos ayudándome á cruzar esa espinosa senda que conduce al altar.

—¡Ay! ¡Ojalá pudiera darte la felicidad, como te doy esos ramos, que significan mi amor y mi agradecimiento.

—La dicha es una ilusion: conozco que voy á ser desgraciada toda la vida, y no lo siento por mí; sino porque en mi desgracia envuelvo á un sér que me ama.

—¿A César?—dijo Mauricia palideciendo.

—Sí: á ese espósito infeliz, que no tiene más riquezas ni más apoyo que su gran corazon, su talento y la nobleza de su alma; y como esto no son riquezas, títulos, ni blasones, tiene por fuerza que ahogar su pasion y olvidar á la que le ama con un delirio infinito.

—¡Pobre César!... No he vuelto á verle desde que desapareció del castillo;—dijo Mauricia.

—Esta noche vendrá: veremos si á él se le ocurre algun recurso aceptable para dilatar esta boda; y sinó nos despediremos por última vez, hasta que nos veamos en el cielo.

Matilde hizo un esfuerzo para contener su llanto, que al fin dejó correr, viendo que Andrea y Mauricia tambien lloraban.

En aquel momento el sol empezaba á lanzar sus últimos resplandores; y el vespertino crepúsculo inundaba la campiña con sus diáfanos y pálidos destellos.

Las dos jóvenes y la anciana nodriza bajaron al jardin, y paseando entre las frondosas calles de árboles aguardaron con dolorosa impaciencia á que la noche las envolviese completamente con sus enlutadas sombras.

Al dar las diez en el reloj del castillo, hora que el conde tenia señalada para la cena, subieron al comedor, donde ya toda la familia ocupaba en la mesa su sitio respectivo.

A las once cada uno se retiraba á su aposento, esperando el mañana con impaciencia suma.

Mauricia y Matilde entraron en el gabinete, y asomadas á la ventana, contemplaban con estraño regocijo una luz que lanzaba rojas llamaradas á la falda de un monte. ¡Ay! era la señal de que César esperaba la hora de las doce para volar al castillo en busca de su ventura ó de su eterna desdicha.

—¡Andrea, Andrea mia!—esclamó Matilde corriendo hácia la nodriza que entraba en aquel momento; ya luce la hoguera; César aguarda que le abras la puertecilla del jardin. ¡Ay! apresúrate, que tiene poca paciencia y pudiera saltar por encima de la tapia.

—¡Si aun no son las doce!...

—¡Pero él está cien pasos de nosotras!...

—¿Y qué importa, si no vendrá hasta la media noche?

—¡Tengo una impaciencia!... ¡Si supieras cuánto

sufro! —murmuró la pobre niña temblando de ansiedad y de emoción.

—Para que no le descubran, necesitamos caminar con mucha precaucion; ahora voy á cerciorarme de que todos duermen, y luego me bajaré al jardin; —dijo Andrea.

—Si en algo puedo ser á Vd. útil, señora Andrea, ya sabe Vd. que puede fiarse de mí;—dijo Mauricia.

—Gracias, hija, ya sé que eres muy buena: por ahora te ruego que cuides de Matilde; y cuando ya César esté en el jardin, vendré por ella, y entonces tendrás cuidado si se despierta alguien, ó si oyes el más pequeño ruido que puedas avisarnos, no nos sorprendan.

—¡Descuide Vd. que así lo haré!

—¡Dios nos ampare!...— salió murmurando Andrea.

Mauricia se dejó caer con aire abatido en una silla, cruzó las manos sobre las rodillas y alzando la mirada al cielo exclamó con los ojos inundados de lágrimas:

—¡Dios mio!... Dadme fuerzas para cumplir el sacrificio que me impone la gratitud.

En tanto Matilde estaba en la ventana contemplando con una especie de febril enajenacion, los brillantes resplandores de la hoguera que en medio de las sombras de la noche se elevaban en el vecino monte.

CAPITULO XVIII.

La media noche.

La noche estaba hermosísima: era una noche de primavera, llena de armonía, de encantos y de aromas.

La luna, diáfana y pura, apareció en el firmamento vertiendo resplandores y como prendida en un manto azul tachonado de estrellas. Sus blanquecinos rayos iluminaban de una manera vaga y melancólica la vasta estension del jardin, dejando en misteriosa sombra algunos sitios donde el ramaje de los árboles era más espeso. En uno de estos fué á sentarse Andrea, esperando con suma impaciencia á que dieran las doce de la noche.

La brisa que se agitaba en torno suyo, mecía las copas de los árboles, produciendo estraños sonidos, que sembraban la alarma y el temor en el corazon de la trémula nodriza, cuyo pánico iba en aumento segun se acercaba la hora de la entrevista, figurándose la ver en cada sombra la aterradora figura del severo conde, que pálido de indignacion, la arrojaba á la calle por patrocinar los amores del espósito con Matilde.

¡Oh! esta idea la hacía estremecer; y cubriéndose la cara con las manos, exclamaba en su interior:

—Si despues de llevar en esta casa veinte años, fuese arrojada de ella ignominiosamente, me moriria de pesar; y á eso me espongo: ¿pero qué hacer? Yo no puedo contribuir á labrar la desgracia de esa infeliz niña, que me quiere como á su madre.

Aquí tornó á quedarse pensativa: luego volvió á exclamar ya decidida:

—¡Ea! fuera escrúpulos; la quiero con toda mi alma, y debo protegerla contra viento y marea. ¿Qué me importa la furia de su padre, cuando por ella sacrificaría la vida si necesario fuese?

Aquella escelente mujer permaneció largo rato esperando alguna señal sin duda; pero nada oyó, solamente el ruido de la cascada del molino, que se hacía más perceptible con el silencio de la noche y el agorero canto del buho que graznaba en las encinas del monte.

Sin embargo, un oido más experimentado que el suyo hubiera escuchado á lo lejos la acompasada marcha de muchos hombres, que unos á pié y otros á caballo, se adelantaban por entre los olivares, yendo á situarse á la falda de un montecillo que circuia el castillo.

Al hacer alto, un reloj de torre dió las doce: entonces, desmontando uno de los que iban á caballo, arrojó las bridas á un criado y se adelantó hácia la puertecilla del jardin, tocando en ella suavemente con los nudillos.

Andrea, que apenas sintió las campanadas de la media noche se acercó á la puerta, sintió el tímido llamamiento, y preguntó:

—¿Quién vá? ¿Eres tú, hijo mio?

—Soy César; abra Vd., y no tema, señora Andrea;— contesó una voz fresca, muy agradable y de un timbre sonoro y simpático.

Inmediatamente la puerta giró sobre sus goznes sin

producir el más leve ruido, porque la previsora nodriza habia tenido el cuidado de poner en ellos aceite. En el dintel apareció erguida y majestuosa la arrogante figura de un gallardo mancebo, que abriendo los brazos, estrechó contra su corazón á la buena anciana, que lloraba de emoción y de alegría.

— ¡Hijo de mi alma, qué placer tengo en volverte á ver! — murmuraba entre sollozos.

— ¡Mi querida señora Andrea; soy muy feliz al respirar otra vez el aire de este castillo! Pero ¿y Matilde?

— Ahora bajará: entra; cerraremos la puerta.

— Es lo mejor; y si Vd. me lo permite, guardaré yo la llave por si acaso tuviese necesidad de emprender á escape la retirada.

— Tienes razón, guárdala; yo no la necesito, porque debe tener otra el jardinero, y en caso de necesidad se la pediría; — dijo Andrea, cerrando y entregándosela.

— Y dígame Vd., ¿me quiere Matilde? ¿Me aguarda con ansiedad? Y Vd., ¿se ha olvidado del pobre espósito, á quien tanto cuidaba en la niñez y por quien ha pasado algunas malas noches?

— ¡Olvidarte, hijo de mi alma! ¡Eso no es posible! ¡Si estoy por decir que te quiero tanto como á ella!

— ¡Ángel querido! Y dígame Vd., ¿me ama?

— ¡Con delirio! ¡Tanto como aborrece á ese novio de Satanás!

— ¡El infame! Yo le sabré buscar, haciéndole que pague de una vez todos los sinsabores que ha causado á mi amada; pero ¿dónde está? ¡Oh! no tengo paciencia para esperar; lléveme Vd. pronto á su presencia.

— ¿A la presencia de quién? — dijo la nodriza, que se complacía en prolongar la impaciencia del joven, viendo que delataba el tesoro de amor que guardaba su alma.

— ¿De quién ha de ser? De Matilde. Vamos, no dilate

Vd. mi deseo; subiré yo mismo á buscarla;—y el impetuoso manco se dirigió hácia el castillo.

Andrea le detuvo.

—Detente,— le dijo;— ella vendrá antes de cinco minutos; siéntate en ese banco, y espera.

—¡Por favor! ¡Tenga Vd. compasion de mi ansiedad!

—Un poquito de calma; siéntate, que en seguida vuelvo.

El jóven obedeció con la docilidad de un niño. Al ocupar el banco sonó contra la piedra el sable que pendia de su cintura; le recojó un poco, y volvió á embozarse, cuidando que no cayera el embozo de la capa, sin duda por no dejar enteramente descubierto el traje que vestía, consistiendo este en un pantalon ancho, de elegante forma, y una zamarra de pieles. En el cinturon del sable llevaba pendientes dos riquísimas pistolas de inestimable mérito. Cubria su cabeza un sombrero de fieltro, si bien asomaba por el bolsillo derecho de la zamarra, la borla de una boina blanca.

Su estatura era marcial; su porte bizarro; apenas representaba veinticuatro años, distinguiéndose sobremedera por la elegancia de sus modales, y por su aspecto, lleno de dignidad y de nobleza.

Tenia la tez ligeramente morena; ojos negros como el terciopelo, de una espresion fascinadora, magnética; cabellera negra tambien, como el ála del cuervo, igualmente que un ligero y graciosísimo bigote que sombreaba su lábio superior.

Una dentadura preciosa y unos lábios gruesos llenos de bondad, hacían más bella su sonrisa, siempre benévola, siempre dulce, franca y expansiva.

Desde su niñez habia manifestado un carácter, si bien generoso y noble, independiente y altivo. Dotada su alma de los sentimientos más sublimes, no pudo menos de inspirar en la familia de Valde Real un cariño profundo,

siendo en aquella casa desde su niñez el ángel que Dios les enviaba en union de Matilde para causar las delicias de cuantos tenían la dicha de tratarlos.

Siendo niños ambos, llevaban el consuelo y la felicidad á las familias indigentes que padecian en la aldea. Hernan, que contaba la misma edad que César, se asociaba muchas veces á sus caritativas escursiones, y más tarde, adherido completamente por un lazo de indisoluble amistad á su jóven compañero y hermano de leche, pues habíalos criado la misma nodriza, se empeñó en que estudiáran juntos, siendo por lo tanto idéntica la educacion de ambos jóvenes.

Cuando Hernan se marchó á ocupar el puesto que en las filas del ejército le correspondia, dejó con tristeza al que amaba como á un hermano, y durante algun tiempo se escribieron tiernas y confidenciales epístolas, que cesaron cuando el pobre espósito fué inhumanamente arrojado del castillo.

Todo esto recordó César mientras estuvo esperando sentado en aquel banco la llegada de Matilde. Los recuerdos de su infancia, las apacibles memorias de su juventud, sus juegos inocentes, sus horas llenas de encanto y de placer; todo se presentó á su imaginacion al tender una mirada por aquel jardin donde se habian deslizado como un sueño los hermosos dias de su vida.

No tenia la más pequeña queja de ninguno de la familia de Valde Real, escepto el conde, á quien siempre miró con una marcada aversion, aun antes de que sorprendiera sus amores con Matilde.

De áspero y desagradable carácter, el conde muchas veces le arrojó al rostro la desventura de su origen, no vacilando en designarle continuamente con los injuriosos epítetos de holgazan, malnacido y otros, que ofendiendo su amor propio arraigado en el fondo de su alma le



hacían rebelarse contra las imprudentes frases del altanero aristócrata, rechazándolas y con ellas la gratitud que le debía, no por haberle admitido, sino por haber consentido que su esposa le acojiese en la casa amparando su inocente orfandad.

Viendo sus excelentes disposiciones, su finura y su notoria distincion, no quisieron nunca consagrarle á trabajos rudos, haciéndole un señorito, siendo esto un mal inmenso, más bien que un beneficio.

Era un pobre, sin nombre, sin porvenir, sin más auxilio que sus brazos para conquistarse una posicion, para ganar su sustento, y no le enseñaron á trabajar; lejos de acostumbrarle á las fatigas de la clase artesana, hiciéronle tener aspiraciones elevadas, cultivando su inteligencia por medio de un estudio que solo le sirvió para ilustrar su inteligencia, para adquirir ideas que debían hacerle desgraciado, pues que sus inclinaciones no podían adaptarse con la clase proletaria, ni la clase rica podía admitirle en su seno porque le faltaba un nombre, una posicion y una fortuna, que no podía granjearse por su absoluta ignorancia, porque no le habían enseñado ningun arte, ninguna ciencia, ningun medio que le permitiera granjearse por sí, una subsistencia decorosa y digna.

Educado con Hernan, solo aprendió con él el manejo de las armas, siendo en poco tiempo un gran tirador de pistola, y un consumado profesor de esgrima.

Mientras permaneció en el castillo se consideró feliz, imaginándose que aquella vida sería interminable. Empapado desde su adolescencia, mejor dicho desde su niñez, en el amor casto y purísimo que sintió por Matilde, no se cuidó de pensar en su porvenir, no se imaginó que pudiese llegar un día en que sin albergue, sin familia, y sin pan, se vería en la dura necesidad de sujetarse á

una servidumbre ominosa, único medio que tenia para ganarse la vida. Empero este dia llegó: la familia que con entrañable amor le habia patrocinado, le arrojó de su seno; entonces, internándose en la aspereza del monte, se halló solo, desamparado, y en lucha con sus propios pensamientos.

Dos dias y dos noches pasó al pié de una encina, contemplando lleno de dolor los torreones del castillo, y alimentando su tristeza con los reflejos de la luz que por la noche despedian sus ventanas.

Aquel estado de inaccion, de abatimiento, no podia durar; las necesidades de la naturaleza dejáronse sentir con un vigor supremo, y tuvo que adoptar una resolucion; pero una resolucion que le salvase y que le permitiera salvar á su amada de aquel proyectado enlace con el antipático Amalarico.

En este caso se decidió por ingresar en las filas de D. Carlos; no le quedaba otro remedio, ni él hubiera sabido hacer otra cosa.

Por ella, por su amada, se aprestó á defender una causa que repugnaba á su corazon: educado en los mismos principios que Hernan, fué desde su infancia partidario de la legitimidad, siendo despues entusiasta por Isabel II; mas la necesidad le apartaba de este camino: su destino cruel le llevó á la faccion, donde en poco tiempo sus heróicas proezas, su valor sin ejemplo, le hicieron distinguirse, llegando á figurar como jefe de una partida con el nombre del Solitario, que le dieron sus compañeros á causa de su amor por la soledad, por el retiro, que buscaba con afan cuando su presencia no era necesaria entre los suyos.

Nadie supo su nombre, ni conocieron su edad, ni su verdadera figura; disfrazado con una gran barba, una peluca sembrada de blanquísimas canas, y una ropa que le hacía parecer más grueso, se presentaba en todas

partes, representando unos 40 años, cuando apenas tenia 25.

Tal era, lectores míos, la historia del gallardo cabecilla, á quien vamos á ver en el capítulo siguiente rendido y apasionado amante del ángel de Valde Real.

CAPITULO XIX.

Amor.

¡Cuán bella, cuán majestuosa es una noche de primavera en medio de la soledad, cuando se tiene á los piés y ante la vista una vejetacion rica y lozana, una naturaleza espléndida y exuberante de armonía y de perfumes!...

Todo habla en torno nuestro, y si el alma está llena de amor, en todo sueña amores; las plantas, los pájaros, la brisa juguetona que nace con blando compás, las copas de los árboles, la luna que lanza nitidos destellos desde su trono de zafir y de topacio, el lejano ruido de la cascada, el dulce gemir del arroyuelo, todas esas mil armonías de la naturaleza parece que hablan de amor, que se identifican con nuestro sentimiento, y comprendiéndolo exhalan en sus notas plañideros ecos de amores.

Así César, el noble, el generoso huérfano, cuya alma era tan poética, tan bella, cuyo corazon estaba dotado de tan superior sublimidad, tendió al hallarse solo la vista en su derredor, y exhalando un suspiro que fué á confundirse con las aromadas brisas de la noche, murmuró:

—¡Oh, noche deliciosa!... Acompáñame con tus ar-

monías á conmovier el corazon de mi amada : deja que tu lenguaje hable á su alma , y con los acentos de mi ternura la den fuerza suficiente para contrarestar la voluntad de sus padres.

Al pronunciar estas palabras , miró con impaciencia hácia el vestibulo ; aún no aparecia Matilde.

— ¡ No viene ! — exclamó con impaciencia el jóven amante ; luego , acordándose de la Virgen , nombre venerado que Andrea le enseñó á pronunciar en la niñez , exclamó dirijiendo los ojos y las manos al cielo :

— ¡ Madre de los desvalidos !... ¡ Amparo del huérfano Solitario ; estrella de mi esperanza !... ¡ Sé tú , madre mia... el escudo de mi desdicha ; protéjeme , y no permitas que mi corazon se confunda en un piélago inmenso de amargura !...

Esta fervorosa súplica , exhalada de ún corazon puro , debió llegar al trono de la Augusta Madre de Dios , porque en aquel momento envió para consuelo del pobre espósito un ángel , que con la luz de sus miradas debia inundarle de gloria y de felicidad.

Una celeste expansion , blanca y pura como los rayos de la luna , se presentó entre los árboles , cuyo ramaje cubria el banco donde nuestro impaciente enamorado gemia de amor y de impaciencia.

En la soledad del jardin , y formando concierto con el murmúreo de las fuentes , con el susurro de los céfiros , eleváronse dos voces sonoras , dulcísimas , que lanzaron una simultánea exclamacion , cuyo eco fué á perderse estinguido entre los sauces.

— ¡ César !

— ¡ Matilde !

Solo sus nombres pudieron pronunciar al contemplarse despues de tanto tiempo. Sus manos se enlazaron , y en sus miradas bebieron á raudales el tesoro de amor que se abrigaba en sus almas.

Ambos, sentados en el banco, habian caído en un éxtasis embelesador, que arrobando sus espíritus y embargando sus sentidos, decia más con su mudo enajenamiento que cuantas palabras hubieran podido pronunciar sus lábios.

La presencia de Andrea cortó aquella especie de magnetismo que se habia establecido entre ambos.

Matilde rompió á llorar; y César, sin soltar una de sus manos, exclamó con una voz de una dulzura infinita:

— ¡Angel mio!... ¿Por qué lloras?... ¿Esas lágrimas son de alegría ó de dolor?...

— ¡Ay! ¡Yo no te puedo decir!... Llora y rio; siento una emocion profunda y un receloso temor.

Andrea, que habia ido á sentarse en el tronco de un árbol inmediato, exclamó desde allí:

— Mis precauciones están bien tomadas; podeis hablar, hijos míos, sin cuidado, porque no pueden interrumpirnos: he cerrado la puerta de la galería que comunica con el jardin, y como no salten por los balcones, no pueden venir á sorprendernos.

— ¡Cuán previsora eres!... ¡Dios te premie, querida Andrea, todo el bien que nos haces! — la dijo Matilde.

— No dejo por eso de esponerme á que me arrojen del castillo, segun me han amenazado esta mañana.

— No llevarán su crueldad hasta ese estremo.

— ¿No me han arrojado á mí, sin considerar que no tenia ni albergue donde cobijarme, ni un pedazo de pan que llevar á mi boca?... — dijo Cesar con amargura.

— ¡Es verdad!... Y dime, César mio... ¿cómo te has arreglado para vivir?... ¿Qué haces? ¿En qué te ocupas?

— Tu amor me ha dado fuerzas para vivir, tus cartas han sido mi alimento, y mis ocupaciones amarte, y á todas horas bendecir tu nombre y el lazo simpático que á tí me une. ¿Quieres saber más?

— Deseo saber dónde tienes tu residencia, á qué te

has dedicado, y con qué recursos cuentas para salvarme, segun me ofreces en tu carta, del abismo cruel á que me precipitan mis padres.

—Desde que abandoné este castillo, mi residencia han sido los campos, mi ocupacion el ejercicio de las armas, y los recursos con que cuento, las tropas de Cárlos V.

—¡Dios mio !... ¿Tú en la faccion?—esclamó Matilde aterrada.

—¡Y de qué otro modo hubiera podido salvarte!... Mira, ven, sube encima de este banco, y contempla en la falda de ese montecillo vecino una porcion de sombras que se agitan: son mis valientes, que solo aguardan una señal para penetrar en el castillo y arrebatarte, aunque sea del ara misma del altar.

—Pero ¡desdichado! ¿no conoces que has puesto un obstáculo más que imposibilite nuestra union?... Si antes mi padre no te queria, porque te faltaban riquezas y nombre, lo que acaso hubieras podido conseguir algun dia, menos te querrá hoy, que militas en opuestas filas. ¿No era más honroso que sirvieras á Isabel II?

—Ya lo creo; pero en este caso hubiera tenido que abandonarte, marchando donde la suerte me llevase, siendo solamente un soldado, sin fuerzas, y sin el poder con que hoy cuento para salvarte.

—Tienes razon: bajo este punto de vista me convences.

—De todos modos, nuestra union era imposible; el orgullo y la tenacidad de tu padre no se doblegará jamás sino á una voluntad más inexorable que la suya, y esa voluntad es la mia.

—¿Y tú podrás evitar la desgracia que nos amenaza? ¿De qué modo impedirás mi boda con Amalarico?

—Te lo diré; pero ante todo sepa yo cuánto me amas; sepa yo si hay en tu pecho un resto de ese orgullo de familia, y si despreciarás un dia como ellos al pobre

huérfano que todo lo sacrifica por tí; hasta sus opiniones, sus creencias; porque yo adoro á Isabel II; soy entusiasta por ese ángel de amor que aparece en el trono de España como un astro de luz, cual un símbolo de gloria, inundando de alegría el corazón de todo buen español, y sin embargo, la hago la guerra porque así conviene á mis proyectos.

—Este es un nuevo sacrificio que tengo que agradecerte, un título más á mi cariño.

—Pero sin él, ya me amabas, ¿no es verdad?

—Con toda mi alma: escucha, César mio; yo no puedo nunca dejar de amarte, yo no puedo nunca alimentar ese necio orgullo de mis padres, porque mi corazón y el tuyo se han unido de tal manera que son uno solo; á un tiempo palpitan, á un tiempo reciben sus impresiones, sienten, aman del mismo modo, y aunque nos separe una ausencia eterna siempre viviría el uno dentro del otro.

En tí he aprendido que los títulos, las riquezas, no constituyen la felicidad, y solamente pueden llenar nuestros sentidos inundándonos de dicha las cualidades del alma, y estas las posees tú en alto grado.

¿Quién más generoso que tú? ¿Quién más delicado, más noble, más caballero? Cuando te comparo con Amalrico, le desprecio más si cabe todavía: le odio; pero con un horror profundo que no puedo definir ni explicarme en mi naturaleza, que nunca ha sabido aborrecer.

—Es el instinto que te guía; es que adivinas en ese hombre un malvado, un infame sin delicadeza y sin honor. Ahí tienes lo que son las apariencias: está muy considerado, muy atendido en Madrid, en la Corte, y en tu misma casa, que no tienen reparo en concederle tu mano; y sin embargo, es un hombre vendido al partido carlista, que le sirve de espía y de agente secreto en la Corte.

—¡ Oh ! ¿ Y sabiendo tú esto no se lo has dicho á mi padre ?

—Le escribí hace dos días rogándole dilatase tu boda tres días nada más , en cuyo término me proponia adquirir pruebas de las infamias de ese bribon ; pero no ha escuchado mi súplica , y el casamiento se lleva adelante ; por lo cual no nos queda otro remedio para impedirlo que apelar á la fuerza .

— ¿ Y qué te propones ? Veamos .

— ¿ Tú tienes entera confianza en mí ?

— Infinita ; estoy dispuesta á todo , porque abrigo la persuasion de que me amarás toda tu vida .

— Puedes estar segura de que así será , porque tu amor es para mi alma lo que sería para el ciego la luz , lo que el sol es para la tierra , y lo que la tierra es para los mortales . Eres mi cielo , mi esperanza ; sin tí no quiero la vida ; si me sigues , si estás dispuesta á ser mi esposa , si pones tu suerte en mis manos , estoy seguro de hacerme un héroe , conquistando para tí mil y mil laureles .

— Pero no quiero que los conquistes en ese partido ; sírvanos hoy , y abandónale mañana : iremos á refugiarnos , si mi padre no nos perdona , á Francia , donde tengo una tia que me ama y que no nos desampará .

— Escucha mi plan : mañana , al amanecer , cuando vayais á la capilla , me avisas poniendo una luz en la ventana de tu cuarto ; entonces entramos en el pueblo , sembrando entre sus habitantes la alarma y el terror ; penetramos en el castillo , y apoderándonos de tí , te llevamos á los montes , donde poseo una gruta subterránea tan inaccesible y escondida en las entrañas de la tierra , que no es fácil su descubrimiento . Allí habitarás con Andrea hasta que veamos de conseguir las pruebas que han de desconceptuar á Amalarico en la opinion de tu padre ; entonces si quieres volverás al seno de tu familia , libre ya del yugo que te amenaza , y si no haremos que

un sacerdote una nuestras manos como lo están nuestros corazones y nos refugiaremos en Francia.

—Podría en este caso creerse que era plan combinado entre nosotros; y yo, á los ojos de mi padre, quisiera aparecer como víctima; nunca como delincuente.

—Se hará despues como tú quieras; y si para conseguir tu amor es preciso esperar á la muerte de tu padre, esperaré; ó marchándome á Cataluña, ingresaré en las tropas de la Reina, donde haré prodigios hasta conquistarme un nombre que ofrecer á tus pies.

—Eso es lo mejor. Aguardaremos á que el Señor quiera reunirnos sin que merezcamos la maldicion paternal. ¡Oh! Sería un peso horrible que no me hallo con fuerzas para sufrir.

—No casándote con Amalarico, ya estás libre por ahora, y cesa mi necesidad de permanecer entre los facciosos.

—Pero dime; me ocurre una duda: si tú penetras en el castillo, ¿mi padre te conocerá?

—No lo creas; vendré disfrazado de manera que ni tú misma me conocerás.

—Yo no quiero que me arrebaten otros brazos que los tuyos.

—Ni yo tampoco lo permitiría; irás conmigo.

—¡Pero tengo miedo á esos hombres tan feroces!

—No temas, ángel mio; son leones que tiemblan á mi voz.

—¿Y tu nombre se conocerá entre ellos?

—Desde que salí de aquí, nadie ha vuelto á pronunciarle.

—¿Pues cómo te llaman?

—El Solitario.

—¿El Solitario tú? ¿El que se ha hecho célebre en estas comarcas por su valor y su arrojo?

—Sí, querida mia; yo soy.

Andrea no pudo escuchar esta revelacion; porque viendo una sombra á lo largo de una calle de árboles, fué allá y se encontró á Mauricia, que la dijo:

—He sentido ruido en el cuarto del conde, y creyendo se habrá puesto alguno malo, vengo á llamar á Vd.

—Vamos corriendo: mira, abre la puerta de la galería, y si por casualidad preguntan por nosotras, dí que no pudiendo conciliar el sueño, hemos bajado á pasear al jardin.

Mauricia subió aceleradamente las escaleras del vestíbulo; y Andrea, acercándose á los jóvenes, exclamó con voz trémula por el susto que sentia:

—Pronto, César; márchate, que el conde está levantado.

—¡Ay, Dios mio!... Vámonos pronto de aquí, no nos sorprendan; —dijo Matilde levantándose con viveza.

—Adios, pues; hasta mañana: aguardo tu señal; y si cualquier incidente fatal hiciera retrasarme, no pronuncies, por Dios, el *si* que te hará esposa de otro hombre; —dijo César con suplicante voz.

—Descuida: seré solamente tu esposa ó de Dios.

—¡Bendita seas! ¡Benditas sean tus palabras, que inundan de júbilo mi alma! ¡Adios!

—El cielo te traiga con bien;—dijo Matilde mirándole alejarse con el corazon oprimido de dolor.

—La Santísima Virgen te ampare y te dé fuerzas para sacarnos de este atolladero; —dijo Andrea, arrodillándose con fervor.

Matilde la imitó. Entretanto César, abriendo la puercecilla, salió al campo, cerró por fuera, se guardó la llave, y subiendo por la senda que conducia á los olivares, dijo:

—Esta puerta nos servirá de entrada; Dios me dé fuerzas para salvar á mi amada y para salvarme yo del abismo en que me hallo.

CAPITULO XX.

Preparativos.

Amanecía el martes fatal en que debía efectuarse la triste union de Matilde y Amalarico.

La diáfana luz de la aurora precedida de tornasolados arboles, apareció iluminando la tierra con su argentado resplandor.

En esa hora misteriosa, la natura despierta, las aves saludan al Creador, las flores entreabren su cáliz, y el alma humana que desde el campo contempla la sublime transicion de la noche al día, se ensancha, se vivifica, y no puede menos de bendecir entusiasta los prodigios de la creacion.

Tal acontecia á César, que apoyado en una vetusta encina, esperaba impaciente una señal que debian hacerle desde las ventanas del castillo. Su corazon se dilataba, la naturaleza sonreia, y él tambien; un pensamiento dulce deciale que su empresa sería coronada por el éxito más lisonjero.

Por fin, en el aposento de Matilde brilló la seductora luz que le llamaba: era el ruego del débil al fuerte, era la súplica de la amada al amante.

El hermoso y varonil rostro del jóven reflejó una viva

alegría, irguióse súbitamente, y con voz vibrante y sonora, cuyo eco retumbó entre las rocas vecinas, dijo á los facciosos que dormían bajo los olivos:

— ¡Arriba, mis valientes!..... A caballo, y viva Carlos V.

Inmediatamente la campiña se cubrió de facciosos, que respondieron al de su jefe, con gritos de júbilo y de algazara: multitud de hombres, ébrios de contento, se lanzaron hácia Valde Real, precedidos del jóven César, que más bien parecía un viejo, porque cubría su hermosa cabeza una peluca canosa, y su varonil rostro una poblada barba que le desfiguraba por completo.

Hé aquí lo que entretanto ocurría en el interior del castillo. Antes de amanecer ya estaba toda la servidumbre en movimiento, disponiendo lo necesario para la boda. Poco despues, el conde de Valde Real se levantó; y llegando al cuarto de su hija vió con sorpresa que no se había vestido, porque se hallaban las tres sentadas en un sofá y en actitud triste y meditabunda.

— ¿Qué es esto? — dijo el conde con desabrido tono; — ¡cuando debías estar ya vestida!...

— Señor, es temprano... ¡La desgracia llega demasiado pronto!... — murmuró Matilde.

Andrea y Mauricia se levantaron sin hablar una palabra, y entraron en el gabinete del tocador.

— Si sabes que ha de hacerse, ¿á qué dilatar una hora más lo que sucederá al fin?...

— Tiene Vd. razón: puesto que no me queda esperanza, voy á vestirme.

— Te aguardaremos en el salón: no estará tan negligente Amalarico; voy á buscarle.

Efectivamente, Amalarico estaba vestido, y se paseaba con agitación por su aposento. Una inquietud extraña le devoraba; quizá presentía su alma que aquel matrimonio tan deseado no llegaría á verificarse.

Muchas luces iluminaban las habitaciones, pues como aun no era dia claro, permanecian las ventanas cerradas. Esto hizo que nadie observase el movimiento de tropas que se notaba en los olivares cercanos al castillo.

El conde de Guayaquil entró en el cuarto de su hijo al propio tiempo que el de Valde Real. Ambos se apresuraron á felicitar al futuro esposo, diciéndole el de Guayaquil:

—Por fin, hijo mio... voy á verte dichoso. ¡Cuánto he deseado este momento!...

—¡Y yo tambien!... Pero me parece que cuanto más lo deseo, más se alarga; segun convinimos anoche, á estas horas ya debíamos estar casados.

—Tu impaciencia es muy natural, y las dilaciones en este caso son muy naturales tambien,—dijo el padre de Matilde; —mas en breve cesarán: solo falta que llegue el señor cura y no debe tardar, porque hace un rato que salieron á buscarle.

—Ya estará aqui, me parece que han llamado;— dijo Amalarico escuchando atentamente y devorado en su interior por una angustia indecible.

—En efecto: voy á ver quien es:—dijo el de Valde Real, dejando un momento solos al padre y al hijo.

El conde aprovechó tan oportunos instantes para hacer á su hijo las juiciosas y filosóficas reflexiones que en semejante caso no pueden menos de ocurrirse á toda persona de talento y moralidad.

Hablaron de su madre, deplorando el conde su triste estado y el profundo dolor que la conducta de aquella le causaba.

—¿Pero Vd. la ha visto?—le preguntó Amalarico.

—Ayer estuve en la quinta, y me encontré con que habia desaparecido, sin que los criados sepan cuándo ni cómo, ni con quién se ha marchado. Sobre una mesa



encontraron esta carta, que me confunde más y más por varias razones.

El conde, al decir esto, sacó de su cartera una carta que desdobló y leyó en alta voz; decia así:

«Esposo mio: Perdóname si abandono esta quinta que me has señalado por cárcel; no puedo vivir aquí, voy á reunirme con mis hijos y á disfrutar la felicidad que he perdido.

Tu esposa

EFIGENIA.»

—Esta carta me confunde, y no sé qué pensar;—dijo el conde muy preocupado.

—¿Y no ha hecho Vd. averiguaciones para saber su paradero?

—Me era imposible: su desaparicion la noté ayer, y tenia que venir aquí para celebrar tu boda.

—Entonces déjelo Vd. á mi cuidado, que yo la buscaré.

Iba á replicar el conde; pero se lo impidió Pedro Gil, que habia llegado acompañando al señor cura, y se presentó en la estancia con el objeto al parecer de saludar á su antiguo amo.

—Adios, Pedro,—esclamó el conde:—me alegro mucho verte; ¿y tu mujer, cómo está?

—Perfectamente, señor; ¿y V. E.; cómo se encuentra? ¿y la señora condesa?

—Así, así, Pedro;—dijo el conde, evadiéndose de contestar á la pregunta del sacristan.

—Advierto á Vd., padre mio, que estaremos perdiendo tiempo: quizá nos estén aguardando;—dijo Amalarico.

—Creo que sí: por lo menos, en el salon he visto varias personas reunidas.

—¿Está ya Matilde?

—No, señor: me parece que únicamente faltan ella y Vds.;—contestó Pedro.

—Nosotros estaremos en seguida:—dijo el conde, tomando su sombrero que al entrar dejó sobre una mesa.

—Vaya Vd., padre mio: voy á buscar unos guantes y al instante le sigo;—dijo Amalarico, entrando en el gabinete y haciendo como que abria algunos cajones; pero era más bien con la idea de quedarse solo con Pedro.

El conde salió; y desde la puerta volvió para decir á su antiguo criado:

—¡Pero hombre!... No me acordaba decírtelo: tienes una hija bellísima; y no te perdono que ni una sola vez nos la hayas llevado á casa.

—Como la señora condesa está enferma, y V. E. siempre tan ocupado, no he querido nunca molestarle;—dijo Pedro, palideciendo y confuso, porque como el criminal no tiene su conciencia tranquila, se le figuraba ver en aquellas palabras una segunda intencion.

—¡Qué disparate!... ¿Sabiendo cuánto aprecio á toda tu familia?... En fin, se hace tarde; ya hablaremos de esto despues de la boda; porque hemos convenido que Mauricia viva con Matilde; ellas lo quieren, y yo he ofrecido apoyar su deseo.

El conde dicho esto se alejó; y Pedro, dando un suspiro de cólera, exclamó con los puños crispados y la mirada amenazadora:

—¡Oh, esa infame nos vende... y es preciso que muera!...—Luego se entró al gabinete donde Amalarico le aguardaba impaciente.

—¡Estamos perdidos!...—le dijo el jóven.

—¿Qué hay?... Veamos: mira tú si yo dije bien, que esa mujer nos sería funesta.

—¿Pero qué ha hecho? O más bien, ¿qué has hecho tú para despertar sospechas en el señor cura, que me ha pedido informes de tí, y recela de tu conducta?

—¡El señor cura!... ¡Oh, y á mí nada me ha dicho... sin embargo de haber venido hablando todo el camino!

—Es que procurará indagar; y sin que lo adviertas, sabrá adquirir los suficientes datos para conocer nuestro secreto.

—¡Oh! Eso no puede ser: hágase hoy la boda, seas tú feliz, y despues yo me marcharé cien leguas de aquí, y haré desaparecer á Mauricia, para que su semejanza con la condesa no nos delate en ningun tiempo.

—Y para que todo se ponga en contra nuestra, ahora Matilde quiere tenerla á su lado.

—No lo conseguirá: es preciso arrojarla de esta casa como arrojé á César.

—Es verdad, que tú fuiste la causa; no me acordaba.

—La casualidad hizo que un dia cayera en mis manos una carta de Matilde que César llevaba; inmediatamente se la envié al orgulloso conde, que en aquella misma noche puso al espósito en la calle.

—Sí; pero aun desde fuera nos hace la guerra.

—Siendo tú esposo de Matilde, verás lo que sirven sus tiros; —dijo Pedro saliendo á la galeria, porque se le figuró haber oido ruido; y en efecto, era un criado que le llamaba para preparar la capilla.

Se marchó con él; Amalarico los siguió, y fué á reunirse en el salon con toda la familia.

Matilde entró en aquel momento, triste, con los ojos llenos de lágrimas y cubierta la cabeza con el velo nupcial. Mauricia y Andrea la seguian llorando tambien.

—¡Hija mia!—dijo la condesa abrazándola; —vas á contraer un lazo que te hará dichosa, no lo dudes.

—¡Ay! madre querida; ¡cuán poco comprende Vd. el sentimiento de mi alma!—esclamó la jóven sollozando y apoyándose acongojada en el seno de su madre.

—¡Ea!... no te aflijas; ¡qué tonterias!... Yo tambien

lloraba cuando me casé con tu padre , y luego he sido muy feliz.

—Ya lo creo ; como que en casa no ha habido nunca una disputa , ni el más pequeño motivo de disgusto ;— dijo el de Valde Real interponiéndose entre la madre y la hija , acaso con la idea de evitar que aquellas manifestaciones de disgusto se prolongasen , haciendo concebir al de Guayaquil la idea de que la voluntad de Matilde era violentada.

—Dios te bendiga , hija mia , como te bendigo yo ;— exclamó la condesa , desprendiéndose con pesar de los brazos de la pobre niña , que habia buscado en ellos un refugio , como si la que no tenia fuerzas para defenderse á sí propia podria defender á otra.

En esto el dia empezaba á clarear ; las luces de las habitaciones se apagaron , las ventanas se abrieron , iluminando los sombríos salones del castillo la vaga y ténue luz de la alborada , que hacía más pálidos aun los rostros de sus habitantes que no habian pasado muy buena noche , en particular Matilde , Mauricia , Amalarico y Andrea.

La buena nodriza , apartada en un ángulo del salon , aguardaba órdenes de Matilde para ejecutar lo prometido al bizarro Solitario.

—Cuando Vds. gusten , señores , iremos á la capilla ;— dijo el de Guayaquil , que deseaba cuanto antes terminar la ceremonia.

—Sí , ya nos hemos detenido bastante ;—repuso Amalarico levantándose.

—Vamos , pues ;— exclamó el conde de Valde Real , dirijiéndose con los caballeros á la capilla.

Las damas iban detrás ; Matilde se acercó á su nodriza , la abrazó llorando , y murmuró á su oído :

—Haz la señal : ya no tiene remedio ; cúmplase la voluntad de Dios.

—Ese terco de viejo lo ha querido, que lo pague;—
contestó Andrea, besando tiernamente á la jóven y de-
jándolos marchar, mientras ella entraba con precipitacion
al aposento cuyas ventanas daban al monte.

Instantes despues, era completamente de dia; el sol
comenzó á dorar las crestas de los riscos, y el concierto
matinal de las aves saludó al astro rey de la creacion,
acompañando al jubiloso grito que lanzaron cien bocas
en los alrededores del castillo.

CAPITULO XXI.

Esperanzas desvanecidas.

La capilla estaba dispuesta para la ceremonia; multitud de velas ardian en ricos candeleros de plata, y hermosos tapices de damasco encarnado cubrian las paredes, demostrando el lujo que por doquiera se veia en aquel santo asilo, la opulencia de sus señores.

El anciano sacerdote, triste y poseido de cierta inquietud, aguardaba á los novios, dispuesto, aunque á su pesar, á bendecir su matrimonio, ya que no habia podido evitarlo, porque sus esfuerzos se estrellaron contra la más increíble tenacidad.

Pedro Gil, agitado por una impaciencia nerviosa, estaba á la derecha del altar, teniendo clavada la vista en la puerta de entrada, que debia dar paso á los novios, y cuya tardanza le inquietaba demasiado, haciéndosele horas los minutos. En su rostro enjuto y anguloso se advertia con notable desagrado la cínica espresion de su antipático y feroz egoismo.

De cuando en cuando dirijia miradas recelosas al anciano párroco de Valde Real, que á su vez le miraba tambien con cierta desconfianza.

Poco á poco fueron entrando en la capilla y colocándose en los ángulos más apartados todos los criados de la casa, que deseaban presenciar la boda de su querida señorita.

Poco despues, empezaron á entrar convidados, que aunque en escaso número, siempre ascendian á diez ó doce personas; todas ancianas, respetables y muy adictas á la familia de Valde Real. Ocuparon sus sitios respectivos esperando impacientes la llegada de los novios, que al fin se presentaron, acompañados de sus padres, de los padrinos y de Mauricia, que Matilde retenia á su lado sin consentir que se apartase un minuto.

La pobre jóven iba pálida, triste, se conocia que habia sufrido mucho durante las larguísimas horas de aquella noche fatal.

Matilde tambien estaba triste; pero en sus ojos brilló un relámpago de alegría, porque acababa de escuchar no muy lejos del castillo el toque de una corneta. Aquel sonido que alarmó á los demás, á ella causó un placer indefinible, pues la decia claramente: «valor; no temas: César vuela en tu auxilio.»

—Esa corneta, ¿qué anuncia?—preguntó con estrañeza el conde de Guayaquil.

—Serán algunos cazadores, no hay que hacer caso: vamos á la ceremonia, —dijo Amalarico adelantándose hácia el altar y arrastrando consigo á Matilde.

Todos se acercaron, no sin cierta inquietud, porque el toque de la corneta se habia repetido más cerca, y hasta se sentia en el jardin del castillo ruido de armas y voces confusas, como de muchos hombres que entraban en tropel.

Pedro Gil, que momentos antes habia desaparecido, volvió diciendo con espanto:

—Estamos perdidos, la partida del Solitario nos cerca y ha invadido ya el castillo.

—; Maldicion!—esclamó Amalarico con creciente cólera, separándose con pena del altar y dirigiéndose á la puerta de la capilla, con ánimo quizá de hablar al jefe de los facciosos para que se retirasen.

César, perfectamente disfrazado, se presentó en ella, encontrándose los dos jóvenes frente á frente.

A todo esto, las mujeres aterradas, empezaron á gritar y huyeron muchas de ellas á esconderse, temerosas de ser arrebatadas por los facciosos, que continuamente estaban repitiendo actos semejantes, llevándose á los montes las personas de alguna posicion para exigir despues por su rescate crecidas sumas.

Los hombres, aunque escasísimos en número y desarmados, se dispusieron á defenderse, y Pedro Gil, abalanzándose con iracundo coraje á la cuerda de la campana empezó á tocar frenéticamente, dando el grito de alarma y llamando en su auxilio á los pacíficos vecinos de Valde Real.

Ya en la aldea habia cundido la voz de que el Solitario estaba en el castillo; pero cuando el temor era general y las fuerzas pocas, ¿quién se defendia? Nadie. El que más y el que menos en lugar de acudir en auxilio de los acometidos, solo pensaron en ocultar sus riquezas y sus hijos, librándolos así de la rapacidad de los facciosos, que por donde quiera que pasaban iban dejando huella de robo, de pillaje y de barbárie.

El Solitario, sin embargo, tenia fama de generoso y de valiente; pero no se fiaban.

Nunca le habian visto en la aldea, y al presentarse por primera vez, iba precedido por la voz general, que le aclamaba como el más arrojado de los cabecillas.

Esto lo sabia muy bien Amalarico, y al dirigirse á él no fué con ánimo de que midieran sus armas, sino á demandar de su generosidad les concediese una tregua si-

quiera hasta celebrar el casamiento que su llegada habia interrumpido.

Vana súplica por cierto, que el gallardo cabecilla acojió con una sonrisa de desden, adelantándose y diciendo con tono burlon:

—Y vamos á ver, ¿cuál es la novia?

El conde de Valde Real quiso ocultarla con su cuerpo; pero ella se presentó y le dijo:

—Yo soy, caballero faccioso; permítanos Vd. continuar la ceremonia, y sea si gusta testigo de este enlace, que asegura nuestra felicidad.

—Siento mucho, señorita, no poder complacer á usted, ni á estos señores; pero tengo órdenes superiores que me impiden ser galante en esta ocasion y me obligan á ejecutar contra mi voluntad un acto que deploro verdaderamente.

Dicho esto, miró en torno suyo y halló á casi toda su gente en la capilla, dispuestos á lanzarse á la menor señal sobre cada uno de los circunstantes.

—¿Y qué órdenes son esas, señor bandido?—dijo con creciente cólera el conde de Valde Real.

—La primera, apoderarnos de esta señorita, y llevarla escoltada por nosotros y con el mayor respeto á la presencia de nuestro general.

—¿Y qué tiene que ver mi hija con la guerra?

—Mucho; su hijo de Vd. está continuamente haciendo prisioneros en Cataluña, es uno de los que más daño hacen en las filas carlistas, y es preciso templar su ardor, su indomable arrojo, presentándole continuamente en peligro de muerte uno de los individuos de su familia.

César diciendo esto, levantó con ademan arrogante el brazo izquierdo, mientras que su mano derecha empuñaba el desnudo sable que levantó sobre su cabeza.

Esto debia ser una señal convenida, porque los fac-

ciosos se lanzaron con demasiado brio sobre los circunstantes, atando á este, sujetando aquel, y luchando con los más valientes que no quisieron sucumbir sin pelear.

Entre estos estaban los dos condes: el de Valde Real fué vencido inmediatamente, el de Guayaquil logró apoderarse del sable de un faccioso y se defendia como un héroe.

Amalarico pugnaba en vano por hacerse entender del Solitario, queria hablarle á solas; pero en vano: el jóven no quiso escucharle, y apoderándose de Matilde, que fingiendo un desmayo se dejó llevar, abandonó la capilla, donde quedaban combatiendo los suyos, y salió al jardin: Andrea los siguió, y Mauricia, que corria desolada trás su jóven amiga, llegó á tiempo de abrazarla en la puertecilla del jardin.

—¡Oh, amiga mia!—esclamó llorando.—¿Te vas y me dejas?

—Ven con nosotros; ¿quieres?

—Imposible,—dijo César;—si venís las tres se creará cosa convenida.

—¿Y qué haremos? Yo no quisiera que se apartase de mí,—dijo Matilde.

—Mañana al amanecer iré á buscarte á tu casa; haré que mis facciosos alboroten la aldea; y yo, entretanto, entraré en tu cuarto.

—Bien; aguardaré con impaciencia el dichoso momento de reunirme con mi amiga; pero no tardes, por Dios, porque en casa de Pedro Gil peligra mi vida.

—Descuida: al amanecer estaremos aquí;—dijo César, montando á caballo y colocando á su amada en el arzon delantero de la silla.

Otro faccioso practicó igual operacion con Andrea, y ambos caballos se lanzaron á galope á través de los olivares y en direccion de los montes que debian darles favorable é impenetrable refugio.

Mauricia vió que algunos criados llevaban herido al conde de Guayaquil, y corriendo hácia él, ayudó á colocarle en la cama, y se constituyó en su enfermera, preparándole en seguida con el mayor celo toda clase de bálsamos y los vendajes necesarios para curar su herida, que uno de los facciosos le hizo involuntariamente, y obligado por el mismo increíble arrojó del valiente conde, que anhelaba morir antes que darse por vencido.

Los ecos de la corneta que sonaron en el monte, fué la señal de dispersion de los facciosos, que abandonando el castillo sin haber cometido en él la menor accion de robo ó pillaje, se reunieron á su jefe, escoltándole hasta el punto que ya tenia preparado para recibir á su amada.

Amalarico, Pedro Gil, el conde de Valde Real y todos los demás personajes que asistieron á la frustrada boda, quedaron tendidos en la capilla, fuertemente atados de pies y manos, y lanzando gemidos, los unos por el dolor que sentian á causa de lo apretadas que estaban las ligaduras, y sordas imprecaciones los otros, que habian visto deshecho su intento de una manera tan cruel.

Mauricia, así que dejó al conde tranquilo y curada su herida, que era insignificante, salió á prestar su auxilio á los demás señores, y entrando en la capilla, fué desatándolos á todos é informándose con la mayor dulzura de sus dolores ó de lo que habian padecido, para procurar el remedio.

En el castillo reinaba una confusion espantosa: sin embargo de que los facciosos, con un comedimiento sin ejemplo, procuraron hacer el menor daño posible, todos tenian golpes, heridas, contusiones, y cuando menos el susto, que no era pequeño.

Pedro Gil, apenas se vió libre, cojió de la mano á Mauricio, y arrastrándola tras sí, la sacó fuera de la capilla con ánimo de que le siguiera á la aldea. Ella, resistiéndose todo lo posible, exclamaba llorando:

— Déjeme Vd. , por Dios ; voy á buscar á la señora condesa que no parece. ¡ Quién sabe lo que habrá sido de la infeliz señora !

— ¡ Imposible ! Te vienes ahora mismo conmigo ; — la decia con acento irritado , lanzando de sus ojos rayos de cólera , que manifestaban el furor de que se hallaba poseido .

— ¡ Déjeme Vd. , por piedad , que el conde está enfermo , y todos en esta ocasion necesitan de mis cuidados ! — repetia la jóven , resistiéndose á salir del estenso patio en que se hallaban .

— Si te necesitan , yo tambien te necesito ; quiero que me sigas y que pagues tu charlataneria , tus confianzas con el ama del cura ; pues ellos desconfian de mí , y tú has sido la causa : ¡ tú , hija infame !

Diciendo esto , Pedro Gil la sujetaba por un brazo con una fuerza tal , que sus dedos , á semejanza de una tenaza , dejaron una huella morada en el delicado brazo de la jóven .

— ¡ Por compasion ! — decia esta aterrada ; — déjeme Vd. , yo no he dicho nada ; ¿ ni qué podria decir , si nada sé ?

— Lo bastante para perderme , y para perderte á tí misma .

— ¡ Ah , no por Dios ! Mis palabras , dichas sin intencion , no pueden tener tan malas consecuencias , y sobre todo , déjeme Vd. hoy aqui , mañana temprano iré á la aldea , se lo prometo .

— ¡ Imposible ! Ha de ser ahora mismo .

— Permítame Vd. siquiera buscar á la madre de Matilde , acaso esté desmayada en cualquier rincon ; ignora lo que ha pasado , y sería una infamia dejarla sola entregada á su dolor .

En aquel momento se presentó la condesa : la pobre señora , huyendo de los facciosos , se habia escondido

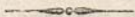
allí, y al oír las palabras de Mauricia, salió con precipitación, adelantándose hácia Pedro Gil, y diciéndole con suplicante tono y en ademan de impedir que se llevase á Mauricia :

—¡Oh! por compasion, no se la lleve Vd.; que no nos abandone en tan crítica ocasion: sería una crueldad imperdonable.

Pedro Gil la soltó con sentimiento, y se marchó bramando de coraje.

Las dos mujeres se abrazaron llorando.

Eran dos séres débiles é inofensivos que se amparaban mutuamente, encontrando apoyo en su misma debilidad.



CAPITULO XXII.

Conversacion familiar.

La misma tarde del dia en que ocurrieron los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, se hallaba Mauricia á la cabecera del lecho que ocupaba el conde de Guayaquil.

La condesa de Valde Real se asomó á la puerta del gabinete ; hizo un ligero signo á la jóven , que comprendiéndolo inmediatamente salió sin hacer ruido , dejando al enfermo entregado á un apacible sueño.

—¿Cómo se encuentra el conde?—la preguntó.

—Está bien , su herida no es grave , solamente que tendrá que guardar cama unos dias.

—Eso es una desgracia ; porque yo quisiera que todos se fueran en seguida detrás de esos bandidos miserables que se han llevado á la hija de mis entrañas.

—¿Y el señor , cómo está? ¿Le ha pasado ya el susto?

—Sí; hija mia: mi esposo y Amalarico acaban de marcharse ahora mismo á Madrid , esto es lo que te queria decir ; hemos recibido carta de Hernan , que debe llegar hoy á la córte con pliegos para el Gobierno , y van á reunirse con él , que se pondrá al frente de algunas

tropas, alcanzando permiso para perseguir á la partida del Solitario hasta que consigan castigarlos y rescatar á Matilde.

—Es una medida muy acertada, ninguna cosa mejor pudieran haber hecho,—dijo Mauricia, aparentando aprobar aquella resolucion, sin embargo de que temblaba interiormente por la suerte de César, á quien se propuso avisar cuando le viera al amanecer del siguiente dia, que la prometió venir á buscarla.

—De manera, hija mia, que nos hemos quedado solas con el enfermo! ¡Si se les antoja volver á esos desalmados, estamos bien!...

—¡No lo crea Vd.! ¡Quién sabe cuándo los veremos otra vez!

A pesar del silencio con que Mauricia salió de la alcoba, el conde la sintió, y escuchó la conversacion que tuvo con la condesa.

Inmediatamente se sentó en la cama, y llamó á la jóven con voz dulce y baja.

—¡Dios mio! ¿Qué ha hecho Vd.?—esclamó esta acudiendo en seguida y sorprendiéndose al verle en aquella postura.

—Nada, hija mia: que voy á levantarme, y te suplico me alcances mi ropa; no es cosa de que yo me esté metido en la cama, mientras que Amalarico, Hernan y el anciano conde, van á verter su sangre persiguiendo y luchando con esos facciosos malnacidos, cuyas heroicas hazañas son presentarse en los pueblos donde no hay fuerzas que los resistan, cometiendo toda clase de tropelias y llevándose á las damas principales.

—¡Oh! pues aquí no han cometido ningun desafuero; créalo Vd., señor conde: no he visto facciosos más comedidos, más galantes, y sobre todo más generosos.

—Sean lo que quieran, yo tengo que tomar una sangrienta venganza. Déjame vestir, hija mia; déjame.

— Eso no lo consiento: primero es que Vd. se reponga, que recobre la salud, y luego tiempo tendrá de salir á su alcance.

— Sí; pero quiero reunirme con el conde, con su hijo, con el mío.

— Bien, ellos acaban de marcharse á Madrid, han de alcanzar permiso para que Hernan, á la cabeza de un destacamento, persiga al Solitario: ya vé Vd. que para todo esto se han de pasar dos ó tres dias, luego han de venir aquí, espérelos Vd. con calma y repóngase, que es lo primero; pues si Vd. no cobra fuerzas, le engañará su deseo, y á lo mejor volverá Vd. á caer postrado por la calentura sin poder conseguir su intento.

— Tus razones me convencen: gracias, Mauricia; te obedezco; pero me has de prometer darme cuenta de todas las noticias que se reciban.

— Desde luego ofrezco á Vd. tenerle al corriente de todo; ahora acuéstese Vd., y permítame que le cubra; la quietud es muy necesaria, y Vd. parece un niño que no hay quien le sujete.

— Es que la impaciencia me abrasa, la indignacion que siento me sofoca, y anhelo con ánsia verme frente á frente de ese arrojado Solitario para arrancarle el corazon.

— No sé si podrá Vd. conseguir ese deseo, porque tiene muchos brios. ¿Si viera Vd. cuántas anécdotas se cuentan de él en la aldea? ¿Quiere Vd. que le refiera algunas?... Así pasaremos el rato y se calmará su irritacion.

— Quizá sean para exacerbarme más; porque serán los hechos de un salteador de caminos.

— No, señor, sino las magnánimas acciones de un caballero.

— Entonces querrá echárselas de bandido generoso, lo que para mí no tiene mérito ninguno, porque basta

que pertenezca á ese partido, para aborrecerle, para odiarle, para ser mi enemigo mortal, y para matarle sin compasion donde quiera que le halle.

Mauricia estaba vivamente alarmada al escuchar al conde esplicarse de esta manera, y estudiaba los medios de calmarle, de mitigar aquel ódio, que tan fatal podia ser si llegaban á encontrarse. Tambien necesitaba no mostrarse apasionada, porque hubiera inspirado sospechas, y en semejante apuro no sabia cómo hacer ni cómo referir lo que en diferentes ocasiones habia oido contar del Solitario.

Por fin el mismo conde la proporcionó el medio de esplicarse, porque á pesar de su animadversion, admiraba el valor y era entusiasta por los hombres temerarios.

—¿Y dices que no han hecho daño en el castillo esos bandidos? —preguntó despues de algunos instantes de silencio.

—No, señor; han observado el más escrupuloso comedido, la mayor compostura, limitándose á desempeñar la comision que tenian de su general, segun dijo el Solitario en la capilla, que era la de apoderarse de Matilde, á fin de, con esta medida, templar el arrojo de Hernan, que tanto daño está ocasionando en las filas carlistas.

—Ahora recuerdo, que el faccioso que me hirió, lo hizo contra su voluntad, pues por más que yo le insultaba, se defendia solamente, sin querer atacarme.

—Así han hecho todos, y á pesar de que han recorrido todo el castillo, no se han atrevido á tomar ni un vaso de agua.

—¡Esto ha sido un asombro!...

—Ya lo creo: nosotros nos figuramos al verlos, que no iba á quedar en la casa ningun objeto de valor; pero nada, se han mostrado muy generosos.

—¡Generosidad sin ejemplo!...

—Pues estos rasgos son muy frecuentes en el Solitario: no hace mucho tiempo oímos decir que detuvieron un coche en el camino real, donde iba un general con pliegos y fondos del Gobierno; este se había reunido con una familia que viajaba por necesidad y que se acojieron bajo su amparo por creerse más seguros.

Eran dos señoras, una anciana y otra jóven, con dos niños de corta edad. Llevaban una fuerte escolta, y á pesar de todo, el Solitario, que necesitaba apoderarse de los fondos y de los pliegos que el general conducía, se lanzó sobre ellos, seguido únicamente de unos veinte ó treinta facciosos.

El general se apeó del coche, montó á caballo, y poniéndose al frente de los suyos, se trabó una reñida refriega, quedando al fin la victoria por el Solitario, que tuvo la vida del general en sus manos y se contentó con hacerle prisionero.

—¡Eso es muy raro en un faccioso!...— exclamó el conde empezando á entusiasmarse, y escuchando á la jóven con vivo interés.

—Pues no paró aquí, sino que acercándose al coche donde las señoras y los niños lloraban temblando por su suerte, que creían muy fatal por hallarse en poder de los facciosos, los tranquilizó, estuvo sumamente fino, y las ofreció escoltarlas él mismo con su tropa, hasta el punto donde quedáran en completa seguridad.

—¿Y lo llevó á cabo?

—Sí, señor: dividió sus facciosos; la mitad se fueron por otro camino escoltando al general y á los prisioneros, y la otra mitad siguieron con él tras el coche de las damas, hasta que las dejaron fuera de peligro en las inmediaciones del pueblo á donde se dirijian.

—Pero esos son rasgos de un héroe, no de un faccioso;— exclamó el conde.

—¡Oh! pues son tan frecuentes en la vida del Solita-

rio, que encontrará Vd. uno en cada día de su vida.

Esta confianza me hace no temblar por la seguridad de Matilde, porque sé que no la faltarán al respeto, y que tendrán con ella todas las consideraciones que se merece por su clase y por su virtud.

—Estoy absorto; lo que me has contado de ese hombre es para maravillar á cualquiera.

—Pues si quiere Vd. saber más, pregúnteles á los pastores de esta sierra, á los pobres labradores, y todos le dirán á Vd. que cuando se encuentran con el Solitario les socorre con largueza, y les dá con generosa prodigalidad enormes sumas para resarcirse del daño que sus tropas puedan hacer en los campos de esta comarca.

—¡Oh! ¡No sé qué daría por hacer que ese valiente estuviera en las filas de Isabel II!...—dijo el conde.

—Quién sabe, señor, si él lo deseará tambien; cuéntase que se ha hecho faccioso, porque á la sombra de esa bandera se medra más fácilmente, y él se hallaba solo, abandonado y sin proteccion de nadie.

Mauricia comprendió que iba demasiado lejos, y se detuvo.

El conde permaneció pensativo largo rato; y ella, por no distraerle de sus meditaciones, y por no volver á reanudar aquella conversacion, en la que demostraba, sin poderlo remediar, su interés y su simpatía por el Solitario, se salió al gabinete, donde se entretuvo en arreglar los muebles y las flores.

El conde no tardó en llamarla.

—¿Por qué te marchas, hija mia? Quiero que permanezcas á mi lado, ya que tu padre no lo hace como debiera; es verdad que quizá se halle enfermo como yo; ni aun me ha ocurrido preguntarte por él.

—Está bien; no pase Vd. cuidado por él.

—Sabe que estoy herido y no ha venido á verme, esto es muy estraño cuando le quiero tanto, cuando ha

sido siempre el criado predilecto de mi casa, á pesar de la oposicion de mi esposa, que dicho sea de paso, nunca le ha querido bien.

—Ruego á Vd. que le dispense; en estos últimos meses, su génio se ha hecho insoportable, violento y arrebatado á veces, tanto, que me ha llegado á causar temor y sientto vivir á su lado, porque no hallo en su pecho el amor y la ternura que mi cariño y mi cualidad de hija sumisa y obediente debieran reclamar de su corazon.

—Ha sido siempre muy áspero, esa es la verdad: quizá por su génio desapacible no le queria mi esposa.

—¿Y sigue la señora condesa mirándole con igual antipatía?—dijo Mauricia, que deseaba vivamente poseer la confianza del conde y conocer los dolores y secretos de su vida.

—No lo sé, hija: es una pregunta á la que no te puedo contestar, porque la condesa hace muchos años que no vive conmigo, y no sé si sus sentimientos de hoy son los mismos que ha tenido siempre.

—¡Pobre señora! ¿De modo que se encontrará sola, sin su hijo y sin su esposo?... ¡Qué triste vida debe ser la suya!... ¡Oh! ¡Cuando nos falta el cariño de las personas que amamos es muy cruel!... Yo lo conozco por experiencia: hoy que veo el despego con que me tratan mis padres, sufro horriblemente y compadezco á las personas que se hallan en idéntico caso.

—Tú eres muy buena, hija mia, y no tienes idea de la maldad y de la infamia; por eso no quiero amargar tus dias con el relato de mi infortunio.

El conde, al decir esto, palideció ligeramente, se puso la mano en el corazon, como si en él sintiera un dolor agudo, y dirigió á Mauricia una mirada triste y dolorosamente inquieta.

—¿Quién fuera tan feliz para poseer la confianza de

Vd., y para poder aliviar sus dolores? — dijo Mauricia conmovida, enjugándose una lágrima que habia brotado de sus ojos.

—Tú me compadeces, ¿no es verdad?... y me amas.

—Sí, señor; crea Vd. que mi corazón se ha conmovido solamente al pensar que es Vd. desgraciado, y haría cualquier sacrificio para aliviar sus penas.

—Dicen, que comunicadas las penas en un seno amigo pierden su intensidad: voy á ver si esto es cierto, haciéndote la depositaria de ellas.

—¡Oh, qué felicidad!... Crea Vd. que es una dicha para mí, el merecer su confianza y su cariño.

—¡Cómo nó, si eres un ángel! Escúchame, y conocerás cuán triste es á veces la vida de los hombres en el interior de su casa, por más que esteriormente les sonrian los goces del favor y de la fortuna.

El conde tomó un medicamento, que le sirvió Mauricia con dulce amabilidad: luego la hizo sentar á su lado, y exhalando un doloroso suspiro empezó el relato de su desventura en los términos que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII.

Dolor profundo.

Mauricia se preparó á escuchar con atencion la historia del conde. Este dijo así:

« Hay debilidades, hija mia, en el corazon de los hombres, que suelen ser más ó menos funestas, segun las circunstancias por que tienen que pasar. La mia ha sido siempre un deseo inmoderado de tener hijos, sin que Dios se dignase concedérmelos, y esta falta que yo sufría con poquísima paciencia ha sido en verdad bien castigada, porque he sufrido muchísimo despues de haberlos tenido.

» A los seis años de casado, abandoné á mi esposa; me marché á América, desesperado, aburrido, porque no tenia un heredero de mi nombre, pensando con disgusto en la esterilidad de mi esposa, que haria pasar á una rama estraña el título de mi familia, estinguiéndose conmigo su ilustre apellido.

» En honor de la verdad, debo confesar que aunque mi esposa me manifestó al marcharme su esperanza de ser madre no lo creí, por lo cual á mi llegada me sor-

prendió vivamente una carta suya en que confirmaba su sospecha, dándome parte de su estado interesante. Esta noticia llenó de júbilo mi corazón y el de mis ancianos padres, que dejaron su país natal por conocer á nuestro primogénito.

» Llegué á Madrid trasformado completamente; mis sentimientos eran otros, mis ideas distintas, mis emociones nuevas, desconocidas. Una ansiedad indecible, una alegría dulce, purísima, inundaba mi corazón, haciéndome gustar la copa de una dicha sublime y misteriosa.

» Era la esperanza de abrazar á mi hijo, de verme rejuvenecer con sus encantos infantiles, de contemplar á todas horas su inocente sonrisa y sus tiernas caricias, pagando mi ansiedad y mi cariño.

» En alas de mi amor de padre volé á la quinta de Torre Azul, donde mi esposa, que aguardaba con impaciencia mi llegada, me presentó á nuestro hijo que contaría entonces quince días escasos.

» La infeliz que habia creído perder mi amor, volvió á sonreír animada por la dulce esperanza de una felicidad segura é inalterable; felicidad que gozamos largo tiempo, hasta que el Señor quiso concedernos un nuevo hijo.

» Esto que hubiera debido consolidar nuestra dicha, la destruyó;—¡ parece mentira!—y sin embargo no hay nada más cierto.

» Mi esposa se hallaba enferma, abatida, y sintiendo un malestar indefinible que nos obligó á llamar al médico. Apenas la vió declaró que se hallaba en estado interesante, siendo esta noticia, que á mí me llenó de gozo, un dardo mortal para mi esposa, que se quedó trémula, aterrada, y se nos desmayó en los brazos.

» ¿Qué debia yo juzgar de un acontecimiento tan raro? Nada favorable, y con todo suspendí mi juicio;

no quise dar entrada en mi corazón á una duda cruel, permaneciéndome mucho tiempo consagrado á una observación continua de la conducta de mi esposa, sin que pudiera encontrar en ella la más mínima sospecha.

» Llegó la época de su alumbramiento, dió á luz con felicidad un hermoso niño, que recibió en la pila el nombre que yo llevo, Patricio. La ceremonia del bautizo fué celebrada con suma alegría por toda mi servidumbre y por mis amigos, participando mis padres de la general algazara, porque aun no habian partido para América, haciéndome prometerles que les dejaria mi primer hijo teniendo ya un segundo. ¡Ay! promesa que no pude realizar, porque una desgracia tan rara como inesperada nos arrebató nuestro hijo, mejor dicho, un crimen infame nos privó de él para siempre.»

El conde, al evocar este recuerdo, sintió una emoción que le hizo enternecerse; un vivo dolor se pintó en su semblante: Mauricia le observó; pero calló, no atreviéndose á interrumpir una narración que despertaba en su pecho el mayor interés y la más tierna compasión hacia la condesa, en la que adivinaba sin saber por qué una pobre mártir.

El conde, exhalando un suspiro, continuó así:

—» La noche del mismo día en que recibió el niño el agua bautismal nos retiramos todos á descansar muy tranquilos; yo muy feliz porque á la vista de mi hijo y al contemplar el santo y puro gozo de mi esposa que le acariciaba con delirio, sentí desvanecerse todas mis sospechas y consagré todo el cariño de mi alma para los tres, Amalarico, Patricio y Efigenia.»

—¡Efigenia!... ¿Su esposa de Vd. se llamaba Efigenia?—esclamó Mauricia con viveza.

—Sí, hija mia; ¿por qué te sorprende?—la dijo el conde.

—No es nada; prosiga Vd.

—Tu súbita exclamacion me dá en que pensar.

—Es que creí haber oido otro nombre; ruego á usted que continúe;—esclamó Mauricia, saliendo con pesar de las cavilaciones en que la habia sumido el solo nombre de Efigenia, que la jóven tenia muy presente, porque era el de la señora que Pedro Gil tenia encerrada en la sala misteriosa.

— « Mi felicidad, — continuó el conde, — no debia ser duradera: aquella misma noche, cuando acababa de quedarme dormido, escuché un grito espantoso que heló la sangre en mis venas. Era la voz de mi esposa; corri á su alcoba y la encontré en un estado horrible de angustia y desesperacion.

— ¡ Mi hijo! — gritaba. — ¡ Me han robado mi hijo!...

• Efectivamente, el niño habia desaparecido sin saber cómo; en la casa no pareció: las puertas estaban cerradas; nadie pudo venir de fuera á robarle: ¿por dónde, pues, le sacaron? ¿Quién fué la mano atrevida que nos le arrebató? ¿Con qué objeto? No podia ser con el de exigir por él un rescate, puesto que no hemos vuelto á tener ni un solo indicio de su paradero; tampoco por venganza; á nadie hacíamos daño: no teníamos enemigos; luego ¿quién pudo tener interés en su desaparicion? ¿Para qué le querian? ¿Qué han hecho con aquel tierno niño de tres dias? Aún, despues de veinticinco años, me hago todas estas preguntas, y me vuelvo loco por no hallar la esplicacion que deseo.

• Mi esposa fué atacada de horribles convulsiones y perdió entonces la razon: veíamosla delirar continuamente, y en su delirio, más de dos veces acusó á Pedro Gil de ser el raptor de su hijo: sin duda se fijó en esta idea, porque siempre le habia mirado con prevencion, á causa quizá de su génio desapacible; no creo tuviera otro motivo, habiéndose distinguido tu padre en mi casa como el criado más fiel y más honrado.

» Como su enfermedad continuára , tuve que sacarla de España, y durante dos años estuvimos viajando en el extranjero, deteniéndonos por fin en una aldea de Vizcaya. Estaba completamente curada : siempre triste por el recuerdo de su hijo perdido , y derramando sin cesar lágrimas á su memoria; pero tranquila, afectuosa, sin aquellos arrebatos en que zozobraba su razon.

» Allí se sintió de nuevo embarazada, y dió á luz una niña que se llamó Filomena , llevándose ella sola por espacio de muchos meses todas nuestras caricias, nuestros tiernos cuidados y el entrañable amor de su madre, que estaba medio loca de felicidad.

» Amalaricó se hallaba en Madrid; y por otra parte mi esposa le aborrecia. ¡ Oh ! Esta era una de las monomanías que la quedaron de su anterior locura , aborrecer á su primogénito, y hasta desear no verle nunca, mientras se entregaba con tan pasmosa solicitud á los cuidados de su hija, que hasta se empeñó en lactarla por sí misma, siendo de todo punto imposible contrariarla en su deseo.

» Este ódio solo se comprende viendo el inmotivado que profesaba á Pedro Gil, que continuaba en el mismo grado de siempre , á pesar de una ausencia de más de dos años.

» Tú naciste tambien por entonces, hija mia: tu padre nos escribió dándonos parte. Debes tener la misma edad que tendria mi Filomena , con la diferencia de algunas horas solamente. Quizá en esto consista la simpatía que siento por tí; desde que te ví ayer, te quiero como si fueras de mi familia.

» ¡ Ea! no quiero interrumpirme; voy á continuar hasta el fin esta dolorosa historia , — prosiguió diciendo el conde ; — escúchame : falta lo más triste.

» Dos meses tenia la niña cuando regresamos á Madrid, permaneciendo en la córte pocos dias , pues la condesa, viendo á la niña un poco desmejorada, consintió en tras-

ladarse á Torre Azul, muy á pesar suyo, pues aborrecia esta quinta, donde la robaron á su hijo; pero la salud de la niña peligraba, y por salvarla hubiera hecho cualquier sacrificio.

» ¡Ay! Nunca nos hubiéramos ido; Torre Azul es para nosotros un lugar funesto: ya en Madrid la razon de la condesa empezó á resentirse, y á poco de llegar á la quinta volvió á perderla por completo.

» Una noche nos alarmaron sus gritos, corrimos á su cuarto y la hallamos entregada á un acceso horrible de enajenacion mental.

» Su locura consistia en creer que la habian robado su hija, dejándola otra en su lugar, y en acusar á Pedro Gil de su desgracia. Por fortuna este no estaba ya en casa: viendo la animadversion que le tenia, se despidió antes de marcharnos á Torre Azul; y sin embargo, aún le acusaba.

» Desde aquel momento aborreció tambien á la niña: no quiso darla el pecho ni volverla á ver; su enajenacion era completa; tanto, que ni aun se conmovió viéndola despues enferma, en la agonía, y muerta por último, pues mi pobre hija fué atacada súbitamente de una pulmonía, de cuyas resultas falleció.

» Desesperado, triste, dispuse marcharme á la córte con Amalarico: me llevé á la condesa para distraerla, procurando por cuantos medios estaban á mi alcance hacer que recobrase sus facultades.

» Todo en vano: ni aun pude sujetarla en Madrid; la presencia de Amalarico la irritaba de tal modo, que sufría espantosas convulsiones al verle ó al sentir el sonido de su voz, y se volvió á Torre Azul, donde permanece hace muchos años entregada á sus delirios, á su locura, cuyo criminal origen he sabido por mi desgracia.»

— ¿Criminal dice Vd.? — exclamó Mauricia.

—Sí, hija, muy criminal; pero permite que no añada una palabra más de la historia de mi vida.

—¡Una sola, por piedad! ¿Vd. créa culpable á la condesa?

—Sí, muy culpable; por eso no me compadece ya su locura y vivo separado de ella, y la ódio, porque ella también ódia á mi hijo, al único sér á quien debia amar.

—¡Pobre señora! Si ha sido culpable, ¡cuánto sufrirá, entregada á sus remordimientos y á su dolor!

—¿Te parece que yo no sufro? Solo, sin un seno cariñoso donde depositar mis penas; sin una mano amiga que enjague el sudor de mi frente; sin el dulcísimo calor que prestan al corazón las caricias de una esposa tierna, fiel, y de unos hijos sumisos y buenos como hubieran sido los míos si su madre los hubiera guiado por la senda del deber y del honor.

—¿Y todo eso no lo encuentra Vd. en Amalarico?

—Esa es otra de mis pesadumbres: mi hijo no corresponde á mi cariño; tiene defectos que me desesperan: es egoísta, soberbio, y á veces hasta le cansan mi solicitud y mis cuidados.

—Verdaderamente, ésa es una doble desgracia.

—La locura de su madre le ha hecho malo: al verse aborrecido por ella, la aborreció también, sin hacerse cargo de que el sentimiento que la inspiraba era producido por la enajenación mental, debiendo compadecerla y no pagarla ódio por ódio, como si ambos se hallasen en el mismo caso.

No parece sino que estoy condenado á agotar en este mundo la copa de una amargura sin límites: en ninguna parte me hallo bien; he viajado, he recorrido el mundo, he admitido destinos del Gobierno, todo con el fin de distraerme, de calmar si es posible mi pesar; mas en vano: siempre estoy ansiando una quimera; siempre suspirando por esa dulce tranquilidad del hogar, por encontrar á mi

hijo perdido, por ser feliz; en una palabra, disfrutando lo que no conseguiré jamás, las apacibles áuras de una felicidad envidiable, basada en el amor de la familia, en el encanto de los hijos.

Y esto no puede ser, porque tortura mi alma una idea horrible, la de la infidelidad de mi esposa: sean las que quieran las causas que la precipitaran en brazos de un seductor, yo sufro aquella mancha, sobre mi frente cayó; y las cartas que publican su infamia envenenan mi existencia y mantienen vivo mi resentimiento y mi ódio.

El conde, fatigado, cayó medio exánime en la almohada. Los recuerdos de su infortunio habian agotado sus fuerzas, y no pudo decir ni una palabra más.

CAPITULO XXIV.

Determinacion.

Mauricia dejó descansar al conde no queriendo fatigarle más, ni permitiendo que se esforzase en continuar hablando de un asunto que tanto le afectaba.

Le dió un calmante, le suplicó que durmiese un rato, y se salió de la alcoba, bajando al jardin, donde sin testigos pudo entregarse á sus meditaciones.

Hé aquí lo que se decia interiormente:

—¡ Oh, Dios mio!... Yo no sé qué pensar, ni qué hacer; la historia del conde, la de su desventurada esposa, á la que sin saber por qué creo inocente, me llenan de confusion. Encuentro muy raro el que se llame Efigenia la señora que Pedro tiene encerrada, y la prevencion que en la carta le hacian, de que procurase evitar nuestro encuentro, pues la exaltacion del carácter de ambas pudiera serles funesta. ¡ Oh! sí, lo recuerdo muy bien; estas eran las frases de esa carta que encontré en el bolsillo del chaqueton.

Por lo mismo que quieren evitarlo, debo ver á esa señora, y la veré esta misma noche aun á riesgo de

mi existencia. Es preciso salir de dudas ; necesito á todo trance aclarar este asunto y saber á quién debo el ser, puesto que ellos no son mis padres.

Esta noche me voy á Valde Real ; afortunadamente guardo las llaves de la reja y de mi cuarto , entraré y suceda lo que Dios quiera. Pero ante todo voy á preguntar al conde dónde está su mujer , pues quién sabe si la señora que voy á ver pudiera ser la condesa.

Animada por este pensamiento subió otra vez á la habitacion del conde , que encontró silenciosa y triste como la habia dejado ; pero el conde no dormia : apenas sintió pasos en el aposento llamó á Mauricia.

—¿Qué hace Vd. ?—dijo esta entrando en la alcoba ;—cuando le creí dormido.

—No, hija mia ; meditaba : es lo que hago casi siempre que no puedo conciliar el sueño.

—¡Válgame Dios, cuán imprudente es Vd. !... Sin conocer la falta que hace el descanso para su salud.

—¡ Sí, sufro tanto !... ¡ Son tan hondas las heridas de mi alma !...

—Porque se entrega Vd. á suposiciones demasiado avanzadas : ¡ quién sabe si donde imagina culpa habrá inocencia !... No se puede á veces juzgar con ligereza y más en asuntos de tal importancia que juega en ellos la felicidad de toda la vida. Vd. , antes de dudar , ha debido enterarse á fondo de lo que llama su desdicha , y aunque encontrase pruebas evidentes , no entregarse todavía á la desesperacion , porque las apariencias engañan muchas veces.

Mauricia se detuvo.

Su sencilla elocuencia era un bálsamo dulcísimo para los dolores del conde , y su voz armoniosa y pura resonaba en el fondo de aquel corazon dolorido con un eco agradable y profundamente simpático.

—Prosigue , hija mia , prosigue ; tus palabras me ha-

cen mucho bien; — la dijo fijando en ella una tierna mirada.

Mauricia, que deseaba convencerle de una cosa que á él no se le había ocurrido nunca, la posibilidad de que su mujer fuera inocente, continuó de este modo:

—Ante todo, señor conde, Vd. no debe abandonar la esperanza de ser feliz algun dia, teniendo confianza en la bondad de Dios, cuya misericordia es infinita. Tampoco debe Vd. perder la fé en la virtud, ni la creencia de hallar á su mujer inocente y pura; reflexionando que pudiera haber sido calumniada por algun infame que pretendiese quizá vengarse de su desden.

Al oír estas palabras, el conde contestó con viveza:

—Eso no puede ser; ahora mismo, hace muy pocos dias, se ha escapado de Torre Azul, donde se encontraba hace tiempo encomendada á la vigilancia de unos ancianos criados, cuyo celo ha burlado desapareciendo de la quinta sin que podamos averiguar su paradero.

—¿Conque se ha escapado?—murmuró Mauricia confirmándose más y más en la idea de que pudiera ser la condesa la señora que ocupaba la sala misteriosa de la casa del sacristan.

—Sí, hija mia; se ha escapado dejando un billete en que me anuncia su partida, declarando que vá á buscar en otra parte la dicha que no halla en Torre Azul: ¿qué más prueba quieres de su culpabilidad?...

—Tambien pudiera ser falso, no hay que desesperar, y ante todo, no abrigue Vd. la creencia de que haya huido con un amante.

—¿Y con quién sinó?... Ella sola no hubiera dado semejante paso, y me induce á creerlo así la idea que tengo adquirida de que su trastorno mental tiene su origen en unos amores...

El conde se detuvo, le era penoso semejante confesion; mas luego prosiguió:

—No importa que lo sepas; la confidencia ha llegado al extremo de no poder ocultarte nada; mi mujer me ha sido infiel, tengo cartas suyas dirigidas á un amante, en que le declara su amor de una manera hasta ofensiva al decoro de una señora.

—¡ Ah ! Suspenda Vd. por Dios tan temerarios juicios: ¿quién sabe si esas cartas serán falsas ?

—Es su letra: no me queda duda.

—Las letras se imitan con suma perfeccion, y además pudieran habérselas arrancado en un momento de extravío. ¿Cómo las ha recibido Vd. ?

—Por el correo, bajo un sobre y nada más.

—Esto encierra un horrible misterio: la persona que ha cometido tan vil accion debe odiar á la condesa, y ha conseguido su objeto robándola el amor de Vd., que nunca ha debido faltarle, porque la proteccion y el amor del marido siempre deben ser el escudo de la mujer, aunque ésta aparezca culpable, porque si lo es conseguirán su arrepentimiento, y si fuera inocente, la salva de las asechanzas del malvado que pretenda hundirla en el abismo. Y Vd., señor conde, ha hecho muy mal en abandonarla, dejándola indefensa, sin apoyo, á merced de su enemigo.

—¡ Oh, Dios mio ! ¡ Tus palabras hielan la sangre en mis venas !

—Si la condesa es inocente, yo la salvaré.

—¡ Tú!... ¡ La salvarás tú, Mauricia! ¿Arrancarás estas dudas de mi alma y pondrás en claro su inocencia ?

—Confio hacerlo con la ayuda de Dios.

—¿ Pero tienes algun indicio ?

—Permitame Vd. que no responda: acaso muy pronto podré devolver á Vd. la tranquilidad; para ello neccito marcharme á dormir esta noche en Valde Real.

—Pues apresúrate á volver á la aldea; porque ya el dia está en el ocaso, y es peligroso que una jóven vaya de noche por los campos.

—No importa: para mi proyecto convienen mucho las sombras de la noche; voy, señor conde, á arriesgar la vida por dar á Vd. la felicidad: si en cambio pierdo la mia y logro no morir en la empresa, ¿podré esperar la proteccion de Vd.?

—Sí; mi proteccion y mi amor: yo te adopto por hija desde este momento. ¿Quieres tú serlo?

—Con el alma y la vida.

—Pues ven á abrazarme antes de partir, y que este lazo simpático consolide la fraternal union de nuestras almas.

El anciano y la jóven quedaron estrechamente abrazados: sus corazones latian acordes; en ellos se alzaba pujante y poderosa la voz de la sangre, que les anunciaba bien claramente que aquel lazo nó era de adopcion, sino legítimo; pero no la escucharon ó no supieron traducir su murmullo.

—Adios, hija mia; —dijo el anciano desprendiéndose con pena de los amorosos brazos de la jóven. — El cielo guie tus pasos.

—Adios, padre mio: nada temo contando con su proteccion y su cariño.

Mauricia salió de la alcoba, hizo varios preparativos necesarios para la asistencia del conde; encargó su cuidado á una criada entendida, haciéndola comprender que se retiraba á descansar por hallarse algo fatigada. Despues se bajó al jardin, y procurándose la llave de la puertecilla que conservaba el jardinero, aguardó á que fuesen las diez de la noche para salir del castillo.

La luna, como si quisiera envolver con el manto del misterio su arriesgada accion, se ocultó entre densos nubarrones, dejando la campiña en tétrica oscuridad.

A pesar de esto, y sin embargo de su natural timidez, la jóven no sintió el más mínimo temor. Su propia ansiedad la prestaba fuerzas y valor para llevar á cabo una empresa, cuyas consecuencias, si salía con bien, serían para ella tan halagüeñas y satisfactorias.

Los vecinos de Valde Real, amedrentados por la proximidad de los facciosos, se habian recojido temprano, cerrando herméticamente las puertas y ventanas de sus casas.

Por las desiertas calles no transitaba un alma.

Mauricia, favorecida por la oscuridad, dió la vuelta á la aldea y se dirigió al campo hácia el sitio donde caía la ventana de su cuarto. Esta, aunque tenia reja, servia á la vez de puerta, porque se cerraba y se abría, dando paso á los habitantes de la casa cuando necesitaban salir al campo por aquel lado.

Mauricia conservaba la llave del candado, así como la de su cuarto, llevando ambas en el bolsillo afortunadamente.

Esta circunstancia favorecia su plan, permitiéndola entrar en la casa sin ser vista, pudiendo permanecer en su cuarto hasta que se le presentase ocasion de hablar á Efigenia, que era su pensamiento, proponiéndose combinar su plan, según lo que resultase de la conferencia.

Todo salió á medida de su deseo. Abrió el candado que cerraba la reja, no sin mirar antes con recelo en torno suyo por si alguien la observaba: entró, cerró por dentro, introdujo el brazo por un postigo de la ventana, que estaba abierto, y alzando con sumo cuidado la fallera que sujetaba la madera, pudo inmediatamente saltar dentro de su cuarto, teniendo la fortuna de no hacer el más pequeño ruido.

En seguida que se halló á salvo, fué á ponerse de rodillas delante del cuadro que representaba la Magdalena á los pies del Señor, donde permaneció algunos ins-

tantes rezando y pidiendo á la santa pecadora la iluminase y la prestase su ayuda en la temeraria accion que se proponia ejecutar.

Luego se acercó á la puerta del cuarto, y á pesar de que ella conservaba la llave y por fuera no podian abrir, echó el cerrojo con mucho silencio, considerándose así más segura. Despues se acercó á una de las ventanas que iban al patio, por la que se proponia salir para dirigirse á la sala misteriosa, considerando este medio más oportuno que no abrir la puerta de su cuarto y luego la del portal que daba al patio, y de la que casi siempre al irse á acostar guardaba Pedro Gil la llave.

En Valde Real, como poblacion pequeña y miserable, apenas se conocian los cristales en las ventanas, y mucho menos en la casa del sacristan; así fué que Mauricia abrió un poco la madera, pudiendo ver todo el patio y la puerta de la sala misteriosa, en la que habia luz.

—Quizá la acompañen en este momento Pedro ó su mujer;—pensó Mauricia.

No se engañaba: instantes despues la puerta se abrió, presentándose en ella el sacristan; le seguia su esposa, y detrás de esta apareció la pálida y triste figura de la dama.

Mauricia los vió perfectamente; pero no pudo escuchar sus palabras, á causa de la distancia que la separaba de ellos, y porque hablaron en voz baja.

Por la accion comprendió que la señora suplicaba, y Pedro la hacia una promesa que quizá no pensaba cumplir; pero que debió tranquilizar á la infeliz; pues conformándose los vió salir, entró luego en la sala y cerró la puerta.

Entonces Dorotea se dirigió á las habitaciones interiores, y Pedro á la cueva, donde entró, volviendo á salir poco despues acompañado de un caballero alto, que iba embozado en una ancha capa.

Mauricia al verlos se estremeció de piés á cabeza; pero continuó inmóvil aplicando el oído, para escuchar la conversacion que tenian.

Afortunadamente se colocaron cerca de la ventana, pudiendo oír Mauricio de lo que trataban sin perder una palabra.

Por la voz reconoció en el embozado á Amalarico, sorprendiéndose de hallarle en aquel sitio, siendo así que por la mañana salió del castillo con el conde de Valde Real dirijiéndose á Madrid.

Tambien se quedó absorta al oír que Pedro Gil le tuteaba, tratándole de igual á igual, siendo el primogénito del conde y una persona que debia respetar por todos conceptos.

—¿ Si me habré equivocado? — murmuró la jóven. — Quizá no sea él.

Como su curiosidad era escesiva, abrió un poquito más la entreabierta ventana, queriendo reconocerle, lo cual consiguió merced á un rayo de luna, que rompiendo nubarrones fué á iluminar con su pálido resplandor el enjuto y altanero rostro de Amalarico.

—¡ El es!...—dijo Mauricio; —ya no me queda duda. ¡Quién sabe si la inicial de la carta sería la primera letra de su nombre! Escuchemos, no me conviene perder ni una sola palabra.

CAPITULO XXV.

Proyectos.

Pedro Gil y Amalarico, pues ellos eran los que entraron en el patio por la puerta de la cueva, entablaron su conversacion al pié de la ventana del cuarto de Mauricio; muy lejos de pensar que la jóven, conteniendo la respiracion, les escuchaba con viva ansiedad.

—Al verte partir esta mañana con el padre de Matilde,—dijo Pedro,—comprendí que volverias esta noche acudiendo á la cita que me dabas en tu carta de ayer, por lo cual dejé abierta la puerta de la cueva que sale al chaparral.

—Muy mal hecho: has debido esperarme allí, pudiera haber pasado alguno, descubriendo esta salida que nos conviene tener secreta.

—Eso es imposible: la maleza la oculta perfectamente, y además tuve que atender tambien á la condesa; hoy ha tenido un día cruel de desesperacion: como la he ofrecido llevarla con sus hijos, me apremia para que la cumpla la promesa, y por fin, esta noche la he dado

palabra formal de que mañana los verá, y ha quedado tranquila.

—¿Y qué piensas hacer de ella? Aquí no conviene tenerla, pudiera descubrirse y estábamos perdidos; por otra parte, también nos conviene deshacernos de Mauricia, ha llegado á concebir sospechas y trabaja para conseguir nuestra perdicion.

—Ella ha visto la carta que me escribiste ayer, diciéndome que te esperase esta noche: ha descubierto que no es hija nuestra, y se marchó inmediatamente á casa del señor cura, confesándole sus temores.

—Por eso desconfía de tí.

—Es claro; y se ocupa en hacer indagaciones sobre mi conducta.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Por el ama del cura, á quien Mauricia se lo ha contado todo; esta fué la causa de marcharse á Valde Real esa infame de chiquilla, y si permanece allí nos vá á perder contádoselo al conde y haciéndole concebir sospechas.

—¡Oh! Pues á todo trance es preciso quitarlas de enmedio, á ella y á la condesa. Esto es lo urgente: despues atenderemos á lo demás.

—Ya tengo formado mi plan: á ver que te parece.

—Veamos.

—En cuanto amanezca me voy al castillo, finjiendo que Dorotea está muy mala: obligo á Mauricia á que se venga conmigo, y una vez aquí, las ato de piés y manos poniéndolas una mordaza para que no puedan chillar, y á las dos, á la madre y á la hija, que van á verse por la primera vez de su vida, me las llevo al subterráneo del monte, cuya entrada nadie conoce más que nosotros, y las dejo allí encerradas, hasta que nos convenga trasladarlas á otra parte ó asesinarlas de una vez.

—Por ahí se debía empezar, mientras ellas vivan pe-

ligra nuestra existencia, y no conviene tenerlas consideraciones de ninguna clase. Lo mismo que á César, digno hijo de tal madre, y de tal hermana: si le hubieras muerto en igual de hacerle arrojar del castillo, no me amenazaria hoy con presentar las pruebas de mi traicion.

Mauricia, al escuchar estas palabras, que la revelaban su origen, descubriéndola que César era su hermano y la condesa su madre, tuvo que hacer un esfuerzo poderoso para contener su emocion. Entonces más que nunca se afirmó en su resolucion de salvar á la condesa, descubriendo aquella horrible traicion. La pobre jóven estaba trémula, un temblor convulsivo la agitaba; y sin embargo, procurando dominarse, aplicó más el oido, no queriendo perder el más pequeño detalle de tan interesantes revelaciones.

—Y qué quieres, hijo mio;—continuó diciendo Pedro:—ya no tiene remedio; el error está en no haberlos ahogado cuando nacieron.

—Bien desacertado anduviste, por cierto; si ya te proponias una cosa, haberla hecho en regla.

—Yo entonces no estaba familiarizado con el crimen; deseaba, sí, elevarte á la altura en que te encuentras, aprovechando la ocasion que como llovida del cielo se me presentaba; mas no comprendí que para sostenerte en esa posicion tendria que llegar á ser un criminal. ¡Ay! Bien caro me cuesta el que seas feliz, poderoso, y laves un nombre ilustre, siendo solamente el hijo de un pobre sacristan.

—¡Silencio, Pedro!... ¡Tú siempre has de ser imprudente!

—Y tú un ingrato, desnaturalizado: sabes que en tus lábios la palabra *Pedro* me hace daño; ¿á qué la pronuncias?... ¿No soy tu padre?... ¿No hago por tí toda clase de sacrificios? ¿A qué me niegas el consuelo de oír si-

quiera este dulce nombre cuando estamos solos?... ¿No merezco siquiera una palabra de gratitud, una frase de cariño?...

—No he venido aquí á escuchar inútiles lamentaciones; acabemos de una vez: sé que eres mi padre, que Dorotea es mi madre, y os amo; pero no me lo recordéis, porque lo tengo bien presente: ¡ojalá no lo tuviera!...

El rostro de Amalarico, que iluminaba un rayo de luna, demostraba un disgusto profundo, un desden sin límites hácia los culpables ancianos, que á costa de su conciencia y de la paz de su alma habian querido ascenderle á un puesto que no merecia, ni podria jamás honrar manifestándose grande y noble, llevando como llevaba en sus venas la sangre de un miserable. Como tal debia portarse siempre, siendo las primeras consecuencias la ingratitud, el odio quizá hácia sus mismos padres, que despreciaba en el fondo de su corazon, únicamente por el delito de serlo.

¡Qué horror!... ¡Y es posible que en el corazon humano haya tanta maldad... tanta miseria!...

¡Oh! No hay duda, existen esos abismos en el corazon del hombre; Amalarico personifica un hecho real, un suceso verídico, y tal como lo pinto ha existido.

Continuemos escuchando su conversacion:

—Conozco cuánto te duele ser hijo nuestro,—esclamó el sacristan,—y lo siento muchísimo; pero ya no puedo evitarlo.

—Pero puedes evitar el que me descubran.

—Y lo haré: te lo he prometido; pero quiero que conozcas toda la enormidad del crimen que voy á cometer: en ello arriesgo mi vida, la salvacion de mi alma, la paz de mi conciencia, y todo por tu amor; reclamando por única recompensa tu cariño y tu gratitud.

—La tendrás... la tendrás... te quiero mucho, padre

mio; mas abreviemos por piedad: una inquietud horrible me devora, y deseo cuanto antes terminar este asunto malhadado.

—Esa sola frase me reconcilia contigo: la palabra padre en tus labios me devuelve la energía que tu desden me quita; ya estoy dispuesto á complacerte; manda y te obedeceré.

—Ante todo, es preciso que mañana lloves á cabo tu idea, encerrando á la condesa y á Mauricia donde no vean más la luz del sol.

—Se hará; descuida.

—Y necesito que esta noche vayas á buscar al general, le entregues estos pliegos y me traigas una orden suya para que el Solitario me entregue á Matilde y se someta á mis órdenes con toda su partida: ¿lo entiendes?

—Perfectamente; solo que el general está lejos, y aunque mi caballo es corredor, quizá no pueda estar aquí tan pronto.

—Procúralo: conviene que te halles aquí temprano para despachar el asunto de esas dos mujeres.

—Y tú, ¿qué harás entretanto?

—Me voy á Madrid, donde me aguarda el conde de Valde Real.

—¿Y qué piensas hacer?

—Unirme á ellos: pedirán tropas al Gobierno para perseguir al Solitario, aprobaré su resolución, los seguiré al campo de batalla, donde no me batiré, porque ya sabes que mi fuerte es la diplomacia; los dejaré que se maten, así nos quedaremos libres de algunos enemigos; y cuando me parezca conveniente, saco mis papeles y obligo á deponer sus armas al arrogante cabecilla, que no quiso reconocerme esta mañana porque no le presenté documento justificativo que me acreditase como emisario secreto de Carlos V.

—Y en eso hizo bien; cumplia sus órdenes.

— También debes informarte si Matilde está en poder del general ó la retiene el Solitario en los montes, dándome cuenta de todo en Madrid, donde irás á buscar-me despues de haber dejado á nuestras enemigas bien aseguradas.

— Corriente; me tendrás allí lo antes posible.

— Se me olvidaba preguntarte: ¿has visto al conde mi padre? Esta mañana le dejamos herido.

— Creo que continúa en cama; pero no peligrá su vida.

— ¡Qué lástima! Hubiera hecho una cosa buena el Solitario con quitárnosle de enmedio.

— Ya lo creo: así quedabas en seguida siendo el jefe de la casa; ¡que fueran entonces César y Mauricia á disputarte la legitimidad!

— En fin, si no muere de esa herida, á ver si conseguimos que muera de otra más honda, recibéndola en la batalla que les preparo con los facciosos.

— ¿Te marchas?

— Sí; engañé al de Valde Real, separándome de su lado con un pretexto, y no quiero se aperciba de mi ausencia.

— ¿No quieres ver á tu madre?

— ¿A Dorotea?

— ¡Ingrato! ¿Tienes otra por ventura?

— La condesa.

— Ante los ojos de los hombres; pero no ante los de Dios.

— Es verdad. Vamos, pues.

— ¿Saldrás luego por la cueva?

— Sí; tengo el caballo en el monte.

— Lo digo para dejar abierto.

Los dos hombres entraron en el portal, perdiéndose el eco de su voz, que no volvió á escuchar Mauricia: ¿ni qué le importaba lo restante de aquella entrevista entre los padres y el hijo, si ya sabia lo principal? En

sus manos tenía los hilos de su trama infernal, que con la ayuda de Dios se proponía destruir.

Para adquirir la fuerza moral que necesitaba, volvió á ponerse de rodillas delante del cuadro que representaba á la Magdalena, y rezó algunos minutos con el dulce fervor de un alma cristiana.

El ruido de una puerta la sacó de su meditacion: se acercó á la ventana y vió á los dos hombres atravesar el patio, seguidos de Dorotea que iba sin duda á despedirlos.

— Cierra por aquí, — la dijo Pedro, — y acuéstate.

— ¿No vuelves esta noche?

— Lo menos hasta las ocho de la mañana no estoy aquí. Si á esa hora no he venido, finje que te pones muy mala, y envía un recado al castillo para que venga Mauricia, á ver si podemos encerrarla en la leonera.

— ¿Y á su madre, qué la digo?

— Nada; si no te llama, déjala: sabes que acostumbra á dormirse cuando nosotros nos levantamos.

— Es verdad: ya será medio día cuando nos recuerde la promesa.

— Adios; hasta mañana, — dijo Pedro Gil.

— Pero hijo mio, ¿te marchas sin darme un abrazo? — exclamó la tuerta.

Nuestros lectores recordarán que Dorotea era tuerta.

Al principio la designamos con el nombre de Lázara, que era con el que la conocian generalmente en el pueblo. Sin embargo, las personas de su intimidad la llamaban Dorotea, que era su verdadero nombre, y con el cual continuaremos durante el curso de esta historia.

Amalarico salió de la cueva, donde ya habia entrado, y bien á su pesar enlazó sus brazos con los de su madre, estrechando la horrible cabeza de esta contra su seno.

La pobre mujer, cuya fealdad estremada la hacía

más repugnante, besó con entusiasmo el rostro de su hijo, teniendo el desconsuelo de ver que correspondía á sus caricias con manifiesta frialdad.

Así fué que, cuando se marcharon, murmuró con una voz que Mauricia oyó perfectamente:

— ¡ Ay ! ¡ No me quiere ! ¡ Se avergüenza de nosotros !

Es una verdad desconsoladora; el hombre de corazón vano y orgulloso, que se eleva á la cúspide de una fortuna que no merece, se avergüenza luego de la humildad de su origen, porque no debe su elevacion á la conciencia de su propio mérito y sus virtudes, sino á los caprichos de una fortuna veleidosa.

CAPITULO XXVI.

La madre y la hija.

Una hora despues de la anterior escena, todo en la casa estaba en silencio.

Dorotea, devorando su pena, se acostó. Amalarico y Pedro se marcharon cada uno por distinto camino, y Mauricia aguardó á que trascurrieran algunos minutos más para asegurarse mejor del éxito de su empresa.

Cuando tuvo una completa seguridad de que nadie podia interrumpirla, abrió la ventana, y con el auxilio de una silla que puso por la parte de afuera saltó al patio, dirijiéndose con sigiloso paso hácia la sala misteriosa.

Se asomó por el hueco de la cerradura y vió á la condesa sin acostarse todavía, que rezaba de rodillas al pié de la cama ante la imágen de una Dolorosa que en un cuadro estaba pendiente de la pared.

La luz de un velon iluminaba la alcoba, reflejando sus pálidos rayos sobre la dulce y triste figura de la condesa.

Tenia puesto un vestido ancho muy oscuro que cubría sus brazos y su cuello. Su cabellera negra y perfumada caía en trenzas sobre la espalda, rizándose sobre la frente y dando á su interesante fisonomía una gracia infinita.

A sus labios descoloridos asomaba una sonrisa de placer que hacía brotar sin duda una esperanza halagüeña: la de abrazar á sus hijos, segun la prometiera Pedro.

A pesar de su continuo dolor, de sus agudos padecimientos y de su estremada delgadez, estaba muy bella. ¡Había tanta distincion en su persona!... ¡Revelaba su fisonomía una dulzura tan angelical que bastaba mirarla en sus momentos tranquilos, cuando la calma aparecía en su semblante, para sentir por ella una simpatia profunda!

Mauricia la contemplaba con admiracion, sin atreverse á interrumpir su religioso fervor, y sin fuerzas para continuar observándola, porque la ansiedad, el vehemente anhelo de su pecho, la impulsaban á entrar en aquel aposento misterioso y santificado por la presencia de una mártir.

—¿Cómo llamaría su atencion?—decía la jóven para sí.—Ella no espera á nadie, y si la llamo de repente, quizá grite y nos oiga Dorotea. Pero ¡calla! me ocurre una idea: aseguremos la retirada por si acaso nos interrumpen.

Animada por este pensamiento cerró la puerta de la cueva, de modo que si venian de fuera no pudieran entrar sin llamar. Luego practicó igual operacion con la puerta del portal, que comunicaba con las habitaciones interiores, y segura ya de que no la sorprenderian, se dirigió resuelta á la sala misteriosa, y llamó suavemente con los nudillos.

Aunque fué tan leve el ruido que hizo, como el silencio de la noche era profundo, y el oido de la condesa

tan fino, esta la oyó en seguida y levantándose, se acercó á preguntar con dulce voz :

—¿Eres tú, Pedro ? ¿Me traes ya mis hijos ?

—Abra Vd., señora, abra Vd. : —esclamó Mauricia.

—La traigo noticias tuyas.

La puerta se abrió inmediatamente.

Mauricia entró, y cerrando con cuidado la puerta, se dirigió á la alcoba donde estaba la luz, para ver con atencion el rostro de la condesa, que se quedó contemplando con arrobador embeleso sin atreverse á descubrir, por miedo de que tan repentina alegría causase algun trastorno en su debilitada razon.

Efigenia la miró al pronto sorprendida ; luego, fijando en ella una mirada investigadora y tenáz, la echó los brazos al cuello, y prorumpiendo en convulsivos sollozos, esclamó medio ahogada por la emocion :

—¡ Ah, tú eres mi hija !... ¡ Mi Filomena !

—¡ Oh, madre mia !... ¡ Madre mia ! —gritó Mauricia, abandonándose á un irresistible impulso que la precipitó en brazos de la condesa.

Por su parte tambien esta se dejaba llevar de los instintos de su corazon, contribuyendo mucho á su reconocimiento la idea en que estaba de que debía verla al dia siguiente.

Por espacio de algunos minutos, ni una ni otra pudieron hablar ; todo eran lágrimas, besos, caricias y sollozos. La condesa repetia balbuciente :

—¡ Filomena !... ¡ Mi Filomena !...

Y Mauricia esclamaba con trasporte :

—¡ Madre querida !... ¡ Madre de mi corazon !...

Estas fueron las únicas frases que pudieron escuchar-se en el aposento, hasta que más tranquilas se interrogaron de este modo, diciendo la condesa :

—Al fin, Pedro me ha cumplido su palabra enviándote ; ¿ pero cómo has venido sola ?

—Pedro es un infame, madre mia; y no debe usted creer en él ninguna accion buena.

—Ya lo sé: ¿te figuras que lo ignoro? Me ha hecho infeliz toda la vida; porque su hijo disfrute la herencia y el título del mio; pero ¿dónde está Patricio?... ¡Dónde está el hijo de mi alma, que quiero abrazarle tambien!... ¡Quiero inundar mi corazon de gozo, quiero disfrutar esta dicha sin medida!... ¡Esta felicidad, que llega á su colmo!...

La condesa abrazaba con delirio á su hija.

—Mañana le verá Vd.; al amanecer ha de venir á buscarnos.

—¡Si ya es casi de dia!...

—Pues antes de rayar el alba vendrá; pero vámonos de aquí, tengo miedo no nos sorprendan.

—¡Qué dices! ¿No te ha enviado Pedro?

—No, señora; he venido yo á salvar á Vd., sin que él lo sepa, y conviene escapar de esta casa antes de que se descubra mi estancia en ella, porque nos matarán sin remedio. Ya tienen el proyecto de encerrarnos en una cueva, dejándonos morir de hambre para que no descubramos sus infamias.

—¡Qué horror! ¡Oh, hija mia!... Pues vámonos pronto; ya te tengo entre mis brazos y no te arrancarán de ellos. Les prometo que ahora no han de sustituirte por otra, como hicieron cuando eras pequeña; ni te robarán como me robaron á mi Patricio, porque no me dormiré como entonces, ni consentiré separarme de vosotros un solo momento.

—Hoy es diferente, madre mia; hoy tiene Vd. dos hijos que la defiendan, y entonces se hallaba sola, sin amparo, en poder de un enemigo implacable.

—¡Hijos míos!... ¡Hijos de mi alma!... ¿No es un sueño lo que me pasa? ¿Con que al fin os recubro, os estrecho en mis brazos, despues de tantos años de agonía y de separacion?

—Todo tiene término en el mundo; ¿como no habia de tenerle nuestro tormento? Pero no nos detengamos; venga Vd., madre mia; vámonos y podremos hablar en páraje más seguro.

Mauricia, diciendo esto, corrió las cortinas de la cama y apagó la luz.

—¿Para qué haces eso, hija mia?—preguntó la condesa.

—Para que mañana, cuando vengan Dorotea y Pedro Gil á mirar por la cerradura, crean que está Vd. acostada todavía y no sospechen nuestra fuga.

—Tienes razon.

—Cerraremos con llave y nos la llevaremos.

Mauricia lo hizo efectivamente. Llevó á Efigenia á la ventana de su cuarto y la hizo saltar por la silla: luego, por dejarlo todo como estaba y no despertar sospechas, descorrió los cerrojos de las puertas de la cueva y del portal, que antes habia corrido como una medida de precaucion, reuniéndose despues con la condesa, que la esperaba con una impaciencia llena de angustioso sobresalto.

La dió la mano para saltar al cuarto, entraron la silla y cerraron la ventana; todo esto con el mayor silencio, sumamente despacio, sin que se sintiera el más mínimo ruido y sin atreverse á pronunciar una palabra.

Mauricia cojió de la mano á la condesa, y á tientas se dirijieron á la alcoba, buscando la reja que daba al campo y que debia ser su puerto de salvacion. Abrió un ventanillo, y como todavía viesse el cielo tachonado de brillantes estrellas, se sentó debajo de la ventana en una sillita baja, hizo sentar á la condesa sobre sus rodillas, y abrazándose con viva ternura, empezaron á hablar con una voz dulce y baja, que apenas percibian ellas mismas.

—¿Para qué dejas abierto ese ventanillo?—la preguntó la condesa.

—Para ver mejor la luz; porque el primer rayo de la aurora nos anunciará la venida de César.

—¿Quién es César?

—Mi hermano, el que Vd. llama Patricio y yo he conocido siempre por César.

—¡Ay! ¡Cuéntame, hija mia, cuéntame qué ha sido de vosotros; dime cómo os han tratado esos infames!

—Escuche Vd. la historia de mi vida y la de César tambien.

—¿Habeis vivido siempre juntos? ¿Os quereis mucho?

—Ignoraba que fuese mi hermano hasta hoy, que la casualidad me lo ha descubierto; sin embargo, yo le amaba con delirio: sin saber por qué, sentia por él una atraccion magnética, era quizá un presentimiento del corazon que revelaba nuestro origen.

—Cuéntame vuestra vida; estoy impaciente por saber todo cuanto os concierne.

—Diré á Vd. desde que tengo uso de razon; desde que me acuerdo.

Mauricia refirió á la condesa la historia de su vida, que no la repito porque la conocen mis lectores, igualmente que la de César.

Cuando se verificó el cambio de las niñas, Dorotea se marchó al pueblo donde habitaba con sus padres, no conociendo ellos ni nadie la trasformacion de la niña, que se crió como hija suya.

Luego, comprendiendo Amalarico que estarian mejor en Valde Real, hizo á Pedro que se trasladase, solicitando la sacristía, vacante entonces por fallecimiento del que antes la desempeñaba, que era uno de sus cómplices, comprometido tambien en la faccion y enterado del secreto de la cueva.

Tambien le convenia vivir en la aldea por vigilar á César, intentando uno y otro día su perdicion, como efectivamente llegó á conseguirlo, descubriendo sus

amores con Matilde y revelándoselo al padre de ésta, que sin consideracion alguna le arrojó del castillo.

Estos detalles no los sabia Mauricia; pero refirió á la condesa todos los secretos de su alma, tambien los amores de su hermano, la escena ocurrida aquella mañana en el castillo, la herida del conde, sus confidencias y sus palabras todas, una por una, que Efigenia se complacia en escuchar, pidiendo detalles con una curiosidad pueril hasta de las cosas más insignificantes.

La dijo que César se encontraba al frente de una partida de facciosos con el supuesto nombre del Solitario, y que le aguardaba al amanecer para que las salvase del furor de Pedro Gil y de Amalarico, que indudablemente las sacrificarian por conseguir sus fines.

Mauricia manifestó á la condesa su deseo de revelar al conde, segun se lo habia prometido, sus descubrimientos; pero la condesa la disuadió, diciendo:

—El conde duda de mí, y no quiero presentarme á él hasta que pueda conseguir las pruebas de mi inocencia, haciéndole comprender que no he faltado jamás á la fidelidad conyugal: para esto necesito adquirir una carta que me pierda, y que el malvado Pedro me arrancó por fuerza.

—En ese caso se lo confesamos todo á César, y él se la quitará: entra una noche por esta misma ventana que nos vá á servir de salida, y cojiéndole desprevenido, se la quita, haciéndole además que firme una declaracion de la horrible trama que viene sosteniendo.

—¡Lo primero es la carta! ¡La carta! ¡Ay! ¡Por esta carta he sufrido toda mi vida! ¡Por ella no he declarado al conde cien veces mi tormento, y me he callado, muriendo de dolor y medio loca, aunque tenia la seguridad de que vosotros estábais en poder de ese hombre!

—¡Ya estamos libres! ¡La inocencia triunfa siempre de la maldad y del crimen!

—¡Así lo espero; la justicia de Dios es infalible!—dijo la condesa con voz solemne.

Los primeros albores de la mañana empezaban á colorear el horizonte.

Mauricia se levantó, y asomándose á la ventana, vió á lo lejos la luz de una hoguera que brillaba entre las últimas sombras de la noche, que se iban desvaneciendo con los primeros reflejos de la aurora.

—¡Allí está César, madre mia! ¡Aquella luz me anuncia su proximidad!—dijo la jóven arrojándose en brazos de su madre.

—¡Oh, gracias á Dios! ¡Gracias á la Virgen Santísima que se compadece de mis dolores, devolviéndome mis hijos!—esclamó la condesa arrodillándose.

—¡Estamos salvadas! ¡Gracias, Dios mio!—repitió Mauricio imitándola y elevando los ojos al cielo en actitud de profundo reconocimiento.